

APROXIMACIONES A LA LENGUA Y LA FE EN EL *DIÁLOGO DE LA LENGUA* DE

JUAN DE VALDÉS

by

MITCHELL ALLEN MCCOY

(Under the Direction of Dana Bultman)

ABSTRACT

In 1529, Juan de Valdés published his first dialogue entitled *Diálogo de doctrina cristiana*. The Spanish Inquisition condemned the work for its heretical ideas. Valdés chose self exile spending the balance of his life in Italy, but he never recanted his beliefs. This study examines a seminal work on Valdés by José C. Nieto and evaluates the links between Valdés' Christian faith and his theory of expression as espoused in his second dialogue, *Diálogo de la lengua*. The thesis also emphasizes the important role Valdés played in the dissemination of Reformation theology in both Spain and Italy. Though Nieto points out that Valdés' writing and thinking reflects erasmian influence, the thesis maintains that the greater impact upon his theological stance stemmed from the teaching of Pedro Ruiz de Alcaraz who taught the young Valdés while both were in the service of the Marquis de Villena in Escalona, Spain.

INDEX WORDS: Ortodoxia, Heterodoxia, Autoridad, Género, Alumbrados, Juan de Valdés

APROXIMACIONES A LA LENGUA Y LA FE EN EL *DIÁLOGO DE LA LENGUA* DE
JUAN DE VALDÉS

by

MITCHELL ALLEN MCCOY

B.A., Samford University, 1992

J.D., Cumberland School of Law, 1995

A Thesis Submitted to the Graduate Faculty of The University of Georgia in Partial Fulfillment
of the Requirements for the Degree

MASTER OF ARTS

ATHENS, GEORGIA

2004

© 2004

Mitchell Allen McCoy

All Rights Reserved

APROXIMACIONES A LA LENGUA Y LA FE EN EL *DIÁLOGO DE LA LENGUA* DE

JUAN DE VALDÉS

by

MITCHELL ALLEN MCCOY

Major Professor: Dana Bultman

Committee: Noel Fallows
Julie Greer Johnson

Electronic Version Approved:

Maureen Grasso
Dean of the Graduate School
The University of Georgia
August 2004

ÍNDICE

	Page
CAPÍTULO	
1 Valdés y los orígenes de su fe y su convicción.....	1
Crítica de los biógrafos valdesianos.....	5
Influencias destacadas en la vida de Valdés.....	6
Los alumbrados y sus seguidores.....	10
El ambiente del estudio religioso.....	12
La estancia universitaria y su obra heterodoxa.....	13
Ambiente religioso.....	15
Heterodoxia y ortodoxia.....	18
Ortodoxia y fe.....	19
2 Valdés y su concepto de autoridad en el castellano.....	22
Autoridad de la lengua castellana.....	24
Literalidad en interpretación.....	29
Uso de los refranes.....	31
Análogo al movimiento de los alumbrados.....	34
Recapitulación.....	37
3 Valdés y su teoría de la comunicación en el <i>Diálogo de la lengua</i>	39
La comunicación.....	40
El concepto de género en la comunicación.....	41

Elección del diálogo	44
Ventajas del diálogo	46
El diálogo: su sencillez y su belleza	48
El estudio del autor y su contribución consciente	51
4 Conclusión	56
OBRAS CITADAS	60

CAPÍTULO 1

Valdés y los orígenes de su fe y su convicción

Proverbios 18:13 “Al que responde palabra antes de oír, le es fatuidad y oprobio.”

Al principio de esta tesis, sería difícil e inútil dar un resumen de la multitud de perspectivas que podríamos emplear para aproximarnos a la obra de Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*. Basta decir que en cualquier análisis de una obra literaria, debemos tener en cuenta que hay, como mínimo, tres perspectivas claves que tienen influencia en el intercambio comunicativo de la palabra escrita: el autor, la obra o mensaje y por último, los lectores - nosotros mismos. En cuanto a la interpretación y análisis será prudente enfocarnos en la voluntad del autor, Valdés, porque es una parte esencial de lo que escribió aunque sea tantos años previos a nosotros y durante una época que parece hoy en día tan ajena. Ha habido tanto enfoque en otras teorías de los textos aparte de la importancia de los autores que nos acordamos del comentario de E.D. Hirsch cuando mantiene, “The critical reader probably feels that I have laid altogether too much stress on authorial will and have neglected the independent channeling power of language. But overemphasis is sometimes needed to redress an underemphasis” (69). De acuerdo con Hirsch, nos parece importante investigar y profundizar sobre la validez de las varias interpretaciones hechas por los siglos de la vida y pensamiento de Valdés. Así que este trabajo breve es a la vez un estudio de la vida de Valdés a través de la escasa información biográfica que existe y un análisis de sus convicciones, su forma de expresarse y sus deseos para castellano reflejados en el *Diálogo de la lengua*.

Aún después de tantos años de estudio de los escritos y la vida de Juan de Valdés, no hay una falta de interés. De hecho, comenta Miguel Jiménez Monteserín en la introducción de la

reciente edición facsímil de la obra de Fermín Caballero, *Conquenses Ilustres Tomo IV: Alonso y Juan de Valdés*, que, “Los conocedores del mundo renacentista español saben bien que el estudio del respectivo pensamiento y doctrina valdesianos ha progresado enormemente en la actualidad” (Introducción XI). También nos sugiere, “El conocer la trayectoria externa de la vida de un hombre significa, como decimos, disponer de un punto de apoyo inicial desde donde poder acercarse con alguna confianza al conocimiento de su mundo interior” (Introducción X). Con una base de entendimiento de su vida, podemos entrar en un análisis de las ideas heterodoxas de él y allí pensamos abrir las definiciones de ortodoxia y heterodoxia según los criterios de su propia época.

Damos nuestro primer enfoque entonces al autor, Juan de Valdés, e intentamos evaluar su vida de modo cronológico, viendo la variedad interpretativa que emplearon los teólogos, historiadores y filólogos que han estudiado los escritos de Valdés y los datos personales de él en cuanto a sus relaciones con amigos, enemigos y familia. Nació en el seno de una familia bastante grande de descendencia conversa y aparte de Juan, había otro miembro que ascendió a una posición de tal importancia en la sociedad española de su época. Alfonso de Valdés, hermano mayor de Juan y secretario al Emperador Carlos I, fue otro miembro de la familia conocido por su aportación a la cultura y literatura de un siglo de gran importancia en la historia de España. En cuanto a otros parientes que también sufrieron bajo el Santo Oficio, el más destacado es “el cura Fernando de la Barreda, hermano de la madre de los Valdés, [que] fue ejecutado por la Inquisición, quemado por judío relapso” (*Juan Valdés y los orígenes* 169).

Las obras de Juan de Valdés y su importancia resplandecen todavía, más de cuatro siglos después de su muerte. Los estudios que trata de su vida y sus obras literarias siguen siendo importantes en nuestros tiempos no simplemente por su magnitud en la época en que fueron

escritas, sino por su amplitud y novedad, expuesto durante una época de fuerte represión y sospecha. Obviamente su importancia en el desarrollo del pensamiento religioso del siglo XVI tuvo sus repercusiones no sólo durante su vida, sino en años posteriores, de modo que ésta pretende ser una modesta contribución a lo que se conoce sobre las relaciones entre sus escritos.

Se ve en el estudio de la vida de Valdés que han pasado unos siglos en que varios críticos lo han juzgado desde perspectivas no tan perspicaces, sin tener en cuenta todos los hechos que han surgido desde hace pocos años. Anteriormente al estudio biográfico y teológico que hizo Jose C. Nieto en 1970, hubo unos estudios de calidad considerable y otros no tan interesantes que juzgaron a Valdés sin comprobar sus juicios. Resulta que Valdés era, según Fermín Caballero,

acusado de sociniano, de anabaptista, de arriano, de ser una autoridad entre los unitarios, de unitario, de apóstata, de distinguido protestante luterano de luteranismo estrecho, de libre pensador, de autor de una doctrina socialdemócrata, de fanático, de supuesto iluminado, y de haber plagiado los Loc. Comm. de Melanctón. (*Juan de Valdés y los orígenes* 53)

Parece que para unos más que otros todavía existe la opinión de que no es posible entrar en un estudio de Valdés y aclarar este personaje renacentista. De hecho, el profesor Ángel Alcalá ha publicado todos los escritos de Valdés bajo el título, *Obras completas I: diálogos, escritos espirituales, cartas* en el cual escribió una introducción empezando con unas sugerencias sobre la vida del conuense ilustre, Valdés. Alcalá nos sugirió, de modo casi pesimista y por lo menos misterioso, que existe todavía una laguna de ignorancia en cuanto a la biografía de Valdés.

Los problemas debidos a esta situación son tan arduos y numerosos que rozaría la osadía, si no la necesidad, intentar enumerarlos – cuánto mas resolverlos – en el ceñido espacio de la presentación de sus obras: no es tal su meta, ni éste el

momento de abordarlos. Ello no obstante, de no proporcionarle al lector los datos indudables de su vida y carrera, una somera descripción de las circunstancias que rodearon la creación de su obra, y una síntesis de sus ideas sistemáticas al hilo de las diversas lecturas de que aquéllas han sido objeto y lo siguen siendo en nuestros días, se le hurtaría un derecho elemental de orientación en la selva del valdesianismo y quedaría él mismo ofuscado por la engañosa sencillez de su pensamiento, seducido por la aparente facilidad de su pluma. (Introducción IX)

La metáfora de la selva que escogió Alcalá nos plantea la idea de unas dificultades, o sea, obstáculos insuperables en cuanto a nuestro entendimiento de Valdés que debemos analizar. Cuando Alcalá se refiere a Valdés y la engañosa sencillez de su pensamiento nos llama la atención porque creemos que no es una figura tan ofuscada como él mantiene. Se podría caracterizarlo complejo, pero ha escrito suficiente para ofrecernos unas ideas bastante desarrolladas para conocerlo. Alcalá no intenta defender esta caracterización ni nos ofrece una posible razón por pintar a Valdés así.

Quizá nos cansa la idea de entrar por la selva antes de que hayamos empezado, pero después de ver los estudios hechos a través de la obra sumamente importante de Jose C. Nieto, *Juan de Valdés y los orígenes de la Reforma en España e Italia*, parece más fácil navegar en el territorio del autor renacentista, Juan de Valdés. Así que es verdad, no es sabio pasar por la tierra sin mapa ni guía que nos puedan ayudar en nuestro viaje, y por eso elegimos a Nieto como nuestro guía porque puede llevarnos de la mano a través de la compleja y amplia personalidad de Valdés y su pensamiento revelado por medio de su obra, *Diálogo de la lengua*.

Crítica de los biógrafos valdesianos

Sin conjetura podemos afirmar que a lo largo de los siglos después de la muerte de Juan de Valdés, ha crecido el interés escolástico en cuanto a sus escritos y su vida. Solamente hay que hacer una investigación en Internet o cualquier base de datos literarios para encontrar numerosos estudios de Valdés. A la vez, parece que no hay un acuerdo entre los que han estudiado su vida y sus escritos. El más reciente tratamiento que pretende ser obra biográfica de profundidad es de José C. Nieto, y nos sirve bien para reflexionar y comenzar una apertura de la cual se puede ver la vida de Valdés teniendo en cuenta todos los estudios biográficos anteriores.

La obra de Nieto tiene la ventaja de ver y evaluar los descubrimientos más recientes de los textos de Valdés y también las interpretaciones que dieron sus biógrafos. Aún más actualmente ha escrito Nieto un ensayo que nos presenta sus observaciones sobre tres disertaciones y dos artículos sobre Valdés. Allí se trata del estado actual de la imagen de Valdés y defiende sus interpretaciones en *Juan de Valdés y los orígenes de la Reforma en España e Italia* (53). Otros datos importantes nos menciona Ángel Alcalá en su introducción de las *Obras Completas* de Juan de Valdés, publicado en 1997. Es reseñable que Alcalá se refiera a Nieto con tono que implica su autoridad y dominio en cuanto a la vida y escritos de Valdés

Indudablemente Nieto tuvo la gran ventaja de ver el conjunto de información biográfica que escribieron sus antecedentes. Profundiza sobre todas las conclusiones anteriores en su introducción al texto *Juan de Valdés y los orígenes de la Reforma en España e Italia*. Su aproximación recuerda la idea que el crítico no está obligado ver la vida que investiga siempre desde una perspectiva pesimista o negativa. Nieto nos muestra todos los autores que han realizado investigaciones de la vida y obras de Valdés. Los más destacados son cronológicamente: Benjamin B. Wiffen 1865, Fermín Caballero 1875, Eduard Boehmer 1874-

1904, Edmondo Cione 1938, José F. Montesinos 1928, Marcel Bataillon 1945, y Fray Domingo de Santa Teresa 1957. Hay otros artículos y estudios doctorados que ha mencionado Nieto en su artículo *The Changing Image of Valdés in Recent Historiography (1970-1990)* en que él nos muestra las debilidades de los argumentos que han propuesto Daniel Crews y Carlos Gilly (53).

Lo bueno de esta aproximación hacia la vida de Valdés es su facilidad y claridad. Teniendo en cuenta la multitud de interpretaciones dadas al carácter religioso de Valdés, Nieto escribe, “Para nuestro intento de considerar históricamente la imagen cambiante de Valdés a través de los siglos nos parece más apropiada la técnica cronológica” (*Juan de Valdés y los orígenes* 39). No se refiere a Valdés como hombre con carácter cambiante, sino trata de señalar las interpretaciones variables que le han dado los que han estudiado Valdés, sus obras escritas o los aficionados de él, principalmente sus discípulos o compatriotas de la fe cristiana que se dedicaron a los estudios bíblicos con él en Italia durante los últimos años de su vida.

Influencias destacadas en la vida de Valdés

Proverbios 22:6 “Instruye al niño en su carrera: Aun cuando fuere viejo no se apartará de ella.”

Nieto, debido a su cuidadosa lectura de los estudios biográficos anteriores llega no necesariamente a una conclusión cerrada, sino a una interpretación muy válida. Para llegar a su conclusión centra su atención en las influencias del movimiento de los alumbrados, Isabel de la Cruz y Pedro Ruiz de Alcaraz. Isabel de la Cruz era una beata del orden franciscano que tuvo gran influencia en el desarrollo del cristianismo de Alcaraz. Nieto la caracteriza afirmando que, su pensamiento religioso fue radical, especialmente en su creencia que el amor de Dios y el Espíritu Santo ayuda en la interpretación de la Biblia para no equivocarse en asuntos dogmáticos (*Juan de Valdés y los orígenes* 114-115). Alcaraz siguió la enseñanza de Isabel de la Cruz abrazando los conceptos del amor de Dios y rechazando los movimientos místicoextáticos o mesianicoapocalípticos (*Juan de Valdés y los orígenes* 115).

Los intelectuales podrían indicar cierto sentido de desprecio hacia las dos figuras que tuvieron gran influencia en la vida de Valdés, pero es cierto que algunos de los inquisidores de Alcaraz hicieron comentarios acerca de sus exposiciones de la Sagrada Escritura, a pesar de su falta de educación. Nieto señala que,

Siguiendo el consejo de Isabel, Alcaraz leyó y estudió muy bien la Biblia. Consultaba continuamente las Epístolas de Pablo, y sus conocimientos bíblicos eran tan vastos y completos que no había quien, incluidos los miembros del clero no se maravillase a la vista de su dominio de la Biblia y su capacidad de interpretación de los textos. No sabía latín ni había recibido una educación regular, pero era grande su talento y se hallaba dotado de una especial percepción en lo concerniente a la problemática religiosa; su mente reaccionaba con rapidez y agudeza ante las preguntas capciosas que le dirigían los inquisidores; su memoria en prodigiosa: le permitía recitar de memoria textos bíblicos escritos en latín y citas de los libros que había leído. (*Juan de Valdés y los orígenes* 116)

A lo largo de la primera sección de su libro exhaustivo sobre la vida de Valdés, Nieto enfatiza el hecho de que las creencias teológicas de los alumbrados fueron de importancia imprescindible en la vida de Valdés mientras Alcaraz era el predicador laico del Marqués de Villena. En esto, Domingo Ricart está de acuerdo con Nieto y reconoce la influencia del movimiento de los alumbrados cuando mantiene,

Es sabido que Juan de Valdés formó parte, por algún tiempo, de la familia u hogar de don Diego López Pacheco, a quien dedicó en 1529 su primer libro, el único impreso en vida: *Diálogo de doctrina cristiana*. Probablemente en aquel círculo, tan sensitivo y abierto a todas las corrientes espirituales, entró en contacto con

algunos alumbrados y aprendió una forma de piedad que iba a ejercer una influencia permanente en su vida y en su obra. (27-28)

Por su parte, Bataillon afirmó que los dos españoles más destacados en cuanto a su erasmismo fueron Juan Vives y Juan de Valdés (Introducción VIII). Aunque no niega la influencia de Erasmo y su pensamiento en la vida de Juan de Valdés, Nieto interpreta la obra de *Erasmus en España* manteniendo que “para Bataillon la calificación de erasmismo en materia de religión no quiere suponer seguir a Erasmo, ni siquiera a sus ideas, sino compartir con Erasmo las mismas ‘afinidades’ o ‘actitudes’ religiosas en cuanto que ‘comunes a todas las religiones del espíritu’” (*Juan de Valdés y los orígenes* 65). Además de aclarar la limitación de la influencia erasmiana en la vida de Valdés, es importante notar con Alcalá que,

Las biografías o estudios introductorios a ediciones de obras de los Valdés escritas por Boehmer, Caballero, Menéndez Pelayo, Usoz y Wiffen, tan beneméritos por otra parte, deben ser leídas con cautela, debido a que o confunden ambos hermanos o no conocen aún detalles de su biografía que sólo recientemente han salido a la luz. También los estudios de Menéndez Pelayo en *Heterodoxos* están radicalmente desenfocados. La orientación erasmista de los de Bataillon en Erasmo y España, tan bellos, ha sido superada al deber ser releídos según el influjo luterano, como él admitió al final de su vida después de leer los resultados de las investigaciones de Nieto. (Introducción LXXXII)

En contraste con el luteranismo que menciona Alcalá, Nieto no está para nada de acuerdo con la supuesta influencia luterana en el pensamiento teológico de Valdés, aunque hay muchas características parecidas. En cambio, aboga fuertemente que hay una falta de evidencia en cuanto a esa sugerencia del luteranismo que defendieron Jacob Heep, Marcelino Meléndez y

Pelayo y August Jahier (*Juan de Valdés y los orígenes* 62). Nieto nos advierte del peligro de realizar evaluaciones que carecen de evidencia. Refiriéndose al testimonio inquisitorial del sacerdote Diego Hernández, Nieto señala,

Aunque Hernández carecía de evidencia doctrinal e histórica, su acusación según la cual Valdés estaba dañado por la sutil herejía luterana se puede considerar como una actitud típica en cuanto al sentimiento general de la época acerca de Valdés y la interpretación de su pensamiento: en 1532 España estaba comenzando a acusar el impacto y peligro de la reforma luterana, y la Inquisición, obrando en consecuencia juzgaba a partir de la perspectiva de la amenaza luterana. (*Juan de Valdés y los orígenes* 40)

Desde la perspectiva de Nieto, entonces, se ve que la mayoría de los críticos que han escrito algo acerca de la vida o el pensamiento de Valdés no han aprovechado toda la información o sencillamente, no han observado todas y cada una de las características de su vida, particularmente la influencia más destacada de Alcaraz. De todos los teólogos e historiadores que han analizado Valdés, Nieto cree que solamente Boehmer mostró una aproximación en que se dio cuenta de todo la mejor información disponible. Comenta de Boehmer,

La sobriedad demostrada por Boehmer es casi única en el terreno de la interpretación valdesiana, pues todos se han mostrado siempre muy ansiosos por encontrarle a Valdés la adecuada hornacina. Sin embargo, han sido muy pocos los eruditos valdesianos que, como Boehmer, conocieron bien a Valdés, familiarizándose íntimamente con el pensamiento del español (*Juan de Valdés y los orígenes* 52).

Los alumbrados y sus seguidores

Al contrario de la influencia del luteranismo en España que sugieren algunos críticos, sabemos de documentos históricos, principalmente procesos inquisitoriales, que el movimiento de los alumbrados tenía una influencia poderosa en el medio del siglo XV en España (*Juan de Valdés y los orígenes* 117). Si tenemos dudas de la influencia, solamente hay que ver algunos de los libros clave que nos ofrecen unas interpretaciones históricas de la época para entender bien las repercusiones de los alumbrados a diferentes niveles, y con mayor eficacia en la vida de Valdés.

La influencia de un cristianismo muy parecido del cristianismo que contaron los apóstoles en los evangelios durante los momentos inmediatamente después de la muerte y la resurrección de Cristo fue lo que adoptaron las dos figuras más influyentes en la vida juvenil de Valdés. Se ve en el movimiento de los alumbrados Isabel de la Cruz y Pedro Ruiz de Alcaraz algo que repite los principios básicos de los momentos recordados por los Hechos en que dice que los discípulos y creyentes en Jesucristo perseveraron “unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón” (Hechos 2.46). Esta actividad era una actividad muy común para los alumbrados, incluyendo a Alcaraz e Isabel de la Cruz, según Nieto. Afirma que la gente común “había comenzado a reunirse en casas privadas para, en pequeños grupos, leer y estudiar la Biblia a nivel de la interpretación personal” (*Juan de Valdés y los orígenes* 103), lo cual puede considerarse como un reflejo vivo, no sólo de la forma de actuar y las prácticas de los apóstoles, sino de la manera en que éstos vivieron su fe cristiana.

Alcaraz afirmó en su carta escrita hacia sus inquisidores que él había aprendido los principios de su fe cristiana de Isabel de la Cruz, una monja de la región que era parte de una

orden franciscana (*Juan de Valdés y los orígenes* 109). Nieto expresa que desafortunadamente no hay documentos históricos que nos ofrezcan ninguna evidencia del origen de quien pudiera haber enseñado las ideas a Isabel de la Cruz o si ella las desarrolló conscientemente de nuevo a través su propia lectura e interpretación de la Sagrada Escritura. Por eso es difícil fijar con precisión la fecha en que empezó a aumentar la popularidad de este movimiento de los alumbrados. Podemos adivinar que Alcaraz empezó bajo la dirección de Isabel de la Cruz en los años 1510 o 1511, muy anteriores al movimiento de la Reforma asociada principalmente con Lutero y Calvino en el norte de Europa.

Dentro del campo de los alumbrados, había unos movimientos distintos con ideas ajenas a la doctrina católica. Isabel de la Cruz y Pedro Ruiz de Alcaraz no sugirieron una revolución contra la Iglesia en sí, aunque llamaron la atención de algunas figuras de suficiente importancia en la jerarquía católica que, en última instancia, se encontraron cada uno defendiéndose frente a sus propios procesos inquisitoriales.

Aquí se debe pasar un rato con esta idea del desarrollo de una fe personal que le enseñó Isabel de la Cruz a su amigo leal, Pedro Ruiz de Alcaraz, porque las características formaron la base del pensamiento teológico de Valdés según lo determinado por Nieto. A lo largo de los siglos después de la muerte de Valdés otros investigadores hicieron indagaciones en la influencia de los alumbrados en la vida de Valdés, aunque aparte de Nieto, los otros han llegado a conclusiones poco claras. Sus interpretaciones no son tan válidas como la de Nieto porque no se dieron cuenta de la poderosa influencia de Alcaraz en la vida de Valdés. Son características inasequibles en la vida y la teología de Juan de Valdés, discípulo de Alcaraz en Escalona. Allí fue el lugar donde aprendió las ideas controvertidas y combatidas por la Iglesia a través de la Inquisición.

Este movimiento de libre pensamiento religioso fue, según Nieto, debido al establecimiento de un ambiente intelectual fundado, en parte, por las reformas que inició el cardenal Francisco Ximénez Cisneros (*Juan de Valdés y los orígenes* 102). Nieto caracteriza el eje histórico en España así:

Bajo la protección, aliento y sombra de Cisneros el periodo de fermento se fue concretando en nuevas formas de vida religiosa que, al menos, le debían aquella libertad que les había permitido aflorar, porque gracias a su liberalidad en materia de religión personal y estudios bíblicos y a su invitación a la lectura de la Biblia y otras obras de la literatura cristiana, el pueblo comenzó a sentirse independiente del poder y la autoridad eclesiástica, e incluso del dogma, en lo concerniente a la religión de cada cual y a la interpretación bíblica. (*Juan de Valdés y los orígenes* 102)

El ambiente del estudio religioso

La reforma de Cisneros abrió para la gente común una puerta en la interpretación de la Escritura a través de traducirla a la lengua vernácula. Aprendemos de los datos históricos que Cisneros quería establecer un sistema que aumentaría las oportunidades educativas para los sacerdotes y los jóvenes de los pueblos por todas partes de España (*Juan de Valdés y los orígenes* 99). Además estableció la Universidad de Alcalá de Henares también con el fin de ofrecer un centro en que podía desarrollar, discutir y debatir no solo los métodos de enseñanza, sino las ideas sustantivas alrededor de la filología. No es necesariamente sorprendente esta aproximación liberal que hacía Cisneros. Abriendo esta puerta hacia un estudio riguroso de la Escritura en sus idiomas originales comenzó después de la Edad Media durante la cual no existió ninguna prohibición contra el estudio de Escritura en la lengua vernácula.

Afirmó Alister McGrath en su trabajo *The Intellectual Origins of the European Reformation* que “The medieval period based its scriptural exegesis upon the Vulgate version of the Bible” (124). A causa de los siglos en que los fieles eclesiásticos enfocaron todos sus estudios doctrinales en el Vulgata, llegó a una posición de autoridad incuestionable. La idea de traducir la Escritura a la lengua vernácula nunca había sido prohibido por la Iglesia. Menciona McGrath, hablando del texto de la Sagrada Escritura que, “no universal or absolute prohibition of the translation of the scriptures into the vernacular was ever issued by a medieval pope or council” (124). La renuencia que existía contra el uso de la lengua vernácula para explicar la Escritura tenía más que ver con la amenaza del papel de los clérigos y su vocación como predicadores que un deseo de prohibir el estudio de la Escritura de la gente común en sus casas particulares, una característica típica de los alumbrados.

La estancia universitaria y su obra heterodoxa

Carecemos de evidencias de la vida y las experiencias de Valdés en los años entre su estancia en Escalona y sus estudios universitarios en la Universidad de Alcalá de Henares. Tampoco hay muchas indicaciones de su presencia en la universidad, aunque hay referencias de que estudió filología. De hecho, hay una carta de Erasmo dirigida a Valdés que incluye Nieto en un apéndice de su estudio del pensamiento valdesiano. Erasmo se refiere a Valdés y le ofrece ánimo en la realización sus estudios filológicos (1013).

Tales estudios filológicos eran las claves de la época que ayudaron a Valdés en su interpretación y análisis de la Escritura. Pero nos asegura Nieto que estos estudios no debilitaron para nada la influencia de su predicador Alcaraz. Parece que Valdés de verdad concretizó y mejoró sus doctrina teológica. Fundamental en la interpretación y de poderosa influencia era su entendimiento de las lenguas antiguas que los teólogos y filólogos empezaron a aplicar al

proceso de interpretación bíblica. Estudió el griego, el hebreo y el latín, pero escogió su lengua materna, el castellano, para expresar sus pensamientos.

Algo que mostró su compromiso religioso es su primera obra publicada, *Diálogo de doctrina cristiana* que imprimió en 1529. A través de análisis literarios, se ha demostrado que esta obra es trabajo de Valdés, a pesar de estar publicada bajo el pseudónimo “un religioso”. No era extraño publicar un libro así. El tema del diálogo compartió y explicó de forma creativa su aproximación a la vida cristiana y aparte de los datos históricos que existen, es la obra por autonomía que se ha utilizado para interpretar el pensamiento teológico de Valdés. Unos años después la obra estuvo condenada por ser heterodoxa (*Juan de Valdés y los orígenes* 233). En el proceso inquisitorial de María Cazalla, miembro de un grupo de alumbrados, sus inquisidores le hicieron toda una serie de preguntas sobre el *Diálogo de doctrina cristiana* y la condenó como hereje en parte por su compromiso en las ideas expresadas en el *Diálogo de doctrina cristiana* (*Juan de Valdés y los orígenes* 233).

El *Diálogo de doctrina cristiana* nos revela las convicciones personales de Valdés en cuanto a su aproximación hacia las creencias verdaderas de la fe cristiana, es decir las creencias ortodoxas. La Inquisición no aceptó su interpretación del credo cristiano ni sus explicaciones ni su exégesis de las Escrituras y propuso su propia versión de ideas ortodoxas. La obra nos deja ver lo que Valdés quería expresar y aunque los críticos lo menospreciaron en parte por su juventud y un estilo poco forzado, no perdió su eficacia en enseñar los fundamentos de la fe ni revelar una aproximación erudita, probada por citas de la Escritura y apoyada en lo que denominamos una fe viva y dependiente del Espíritu Santo.

Lo mejor del estilo crítico de Nieto en su análisis de Juan de Valdés es que nunca bifurca la personalidad de Valdés en una vida espiritual y otro aspecto secular. Incluye en su

investigación las múltiples influencias del predicador y maestro Pedro Ruiz de Alcaraz y la doctrina cristiana, el estudio de filología en los años universitarios y las reuniones entre Valdés y sus discípulos en Italia. Todo el conjunto o la síntesis de experiencias que le influyeron a Valdés y le animaron en su búsqueda hacia sus propósitos son importantes para saber en su profundidad por qué escribió en la manera que escribió.

Ambiente religioso

Valdés vivió en un período de la historia de Europa en que había inquietudes religiosas dentro de la Iglesia. Había corrupción por muchas partes y el menosprecio del carácter de la Iglesia institucionalizada causó una serie de reflexiones por parte de algunos miembros y por supuesto muchos eclesiásticos. Lo peligroso es creer que, de repente, en la historia de la Iglesia hubo un cambio fuerte que procedió de la nada. Muy al contrario, el poder de todo el conjunto de lo bueno y lo malo, los sinceros y los oportunistas, hasta la convicción verdadera del trabajo del Espíritu Santo dentro de la Iglesia institucionalizada tenía alguna contribución hacia la gran ruptura que iniciaron los reformadores.

Paso a paso creció el debate que surgió al romper la imagen de unidad que quería mantener la Iglesia. De suma importancia y lo que llegó a ser la clave esencial en cuanto a la ruptura entre los católicos y los reformistas, era la cuestión de soteriología (doctrina referente a la salvación) y el papel de la Iglesia. Aunque no es sugerido atribuir la ruptura a una sola causa, no se debe despreciar la influencia del nuevo estudio científico de la filología, especialmente en cuanto a su aportación a la interpretación de la Sagrada Escritura y la llegada a las conclusiones de la certeza de la justificación que era el cambio central entre los fieles católicos y los que protestaron contra el papel de la Iglesia y las buenas obras.

Aparte de sus creencias heredadas de Alcaraz, Valdés añadió otros conocimientos fruto de unos años estudiando en la universidad. Sea antes o después de sus estudios de griego, hebreo y latín en la Universidad de Alcalá, no cambió su expresión fundamental de la fe, sino amplió su profundidad y entendió mejor la enseñanza que recibió de Alcaraz. Nieto, de hecho, afirma que la característica que distingue entre la teología de Alcaraz y de Valdés es una diferencia entre teocentrismo y cristocentrismo (*Juan Valdés y los orígenes* 127). Lo relevante es que Valdés, como Alcaraz e Isabel de la Cruz, encontró su fe en el amor de Dios que no era místico sino misterioso.

Alcaraz ve en el mandamiento de amar a Dios la confirmación de que el hombre no lo puede amar, es decir por medio del mandamiento expresa Dios la opinión que le merece la miseria e infidelidad del hombre. Es Dios quien derrama sobre nosotros Su luz y Su gracia, o, dicho con otras palabras, es en nosotros por medio de su amor. Por eso el hombre sólo puede salvarse cuando confiándose a Dios y abandonándose a Su amor, encuentra en El la plenitud de su vida auténtica. (*Juan de Valdés y los orígenes* 148)

Aunque la esencia de las ideas teológicas de Alcaraz y Valdés es igual, “[. . .] Alcaraz no articuló nunca estas ideas centrándolas en Cristo. Esta es, quizá, una de las fundamentales diferencias que separan a Alcaraz de Valdés, cuya teología es decididamente cristocéntrica” (*Juan de Valdés y los orígenes* 127).

Las convicciones de los reformadores, como Valdés, mezcladas con el movimiento de estudiar críticamente las fuentes de la Sagrada Escritura era una clave esencial y merece la pena entenderla. En nuestra aproximación a la crítica de Valdés, ora sea el hombre, el teólogo o la figura literaria, es importante reconocer que la mayor influencia en su vida y pensamiento

religioso, que dominaba su visión mundial, fue su predicador de su juventud, Pedro Ruiz de Alcaraz.

Sería muy fácil juzgar a Valdés a la luz de los pensadores con quien nos asociamos el gran movimiento de la Reforma, por excelencia Lutero, Calvino y Erasmo, sin darnos cuenta de la influencia poderosa de Alcaraz. El enlace entre las creencias religiosas de Valdés y Alcaraz, como nos muestra Nieto, es evidente en las semejanzas de las confesiones de Alcaraz a través de su proceso delante del Santo Oficio y las ideas expresadas por Valdés en su *Diálogo de doctrina cristiana*. Es aquí donde se ve el momento en que el juicio y los contrincantes de Valdés empezaron a luchar en contra su única obra publicada, y también ellos condenaron sus ideas y las pronunciaron heterodoxas.

Pero la pregunta que nos plantea este concepto, mejor dicho la dialéctica ortodoxia-heterodoxia, nos exige un análisis para asegurarnos que sabemos bien lo que significaron en la época de Valdés estos dos conceptos, así que entramos a través de una ojeada a las definiciones. En realidad, ver en su profundidad todos los contextos de las ideas de heterodoxia y ortodoxia no sería posible ni es nuestro propósito en esta tesis, sin embargo merece la pena ir a buscar una definición genérica o una base de entendimiento para comprender mejor los conceptos, especialmente en el contexto del siglo XVI. Nos importa esta definición porque obviamente tenía grandes repercusiones en la vida de Valdés quien decidió exiliarse de su país de nacimiento y no dejó de creer ni conceder ninguno de los principios que expuso en *Diálogo de doctrina cristiana*. Pocos años después escribió su *Diálogo de la lengua* y se ven allí también unas convicciones en cuanto al castellano. Por eso seguimos con una ojeada a las ideas de ortodoxia y heterodoxia y la cuestión que ha sido tan clave en la caracterización o categorización tanto de él y como de sus escritos.

Heterodoxia y ortodoxia

Uno de los lingüistas más conocidos por su diccionario amplio de entradas bien explicadas, Joan Corominas, nos ofrece unas definiciones de los conceptos de ortodoxia y heterodoxia que eran, y todavía implican, unas normas establecidas. Pero la interpretación de estos conceptos ha sido discutida por siglos y sigue siendo discutida. Los sinónimos que hay en las explicaciones de Corominas para aumentar el entendimiento de ortodoxo incluyen ‘recto’ ‘derecho’ y ‘justo’ (3: 350-351). En contraste para definir lo heterodoxo, aparece ‘que piensa de otro modo’ (4: 309). El estándar que determinó, entonces, la diferencia entre lo justo, derecho, o recto, y uno que piensa de otro modo en la época de Valdés era la autoridad más poderosa del día, la Iglesia católica, es decir que el sentido ortodoxo conformó con el dogma católico y el sentido heterodoxo se separó de la ortodoxia.

Desde los tiempos antiguos en España había una fuerte influencia en la sociedad española del cristianismo que por fin llegó a ser representada por la Iglesia católica. Como dijimos anteriormente con la llegada del estudio científico de la filología empezó a crecer una inquietud en cuanto a las interpretaciones del significado de la Sagrada Escritura, especialmente en cuanto a la soteriología y el papel de la Iglesia. La iglesia tuvo mayor importancia en la sociedad por varias razones, pero primordialmente fue la sede y el dispensador de la gracia de Dios. Por eso, podemos imaginar la amenaza que se sentían los eclesiásticos cuando los seguidores de ideas expuestas por los alumbrados e ideas de Juan Valdés como estudiante de filología y comprometido de su propia fe se metieron en la traducción y por eso en la interpretación de la Santa Biblia hasta las creencias fundamentales.

España tan recientemente había expulsado a los musulmanes después de una estancia de más de setecientos años y también seguía con preocupaciones en cuanto a los conversos del

judaísmo al cristianismo. Las preocupaciones fuertes combinadas con el miedo de perder su poder o, al contrario, una verdadera convicción de peligro que amenazaba la fe, les llevó a establecer los Santos Oficios para proteger la estabilidad de las creencias religiosas consideradas correctas en aquellos momentos. El ambiente instituido por la Inquisición tenía fuertes repercusiones, especialmente entre los autores, teólogos o ciudadanos que mantuvieron posiciones sospechosas o afuera de los parámetros. A la luz de la condenación de Pedro Ruiz de Alcaraz por el Santo Oficio de Toledo como hereje, no es sorprendente que lo mismo sucedería a Valdés.

Valdés también aclaró sus creencias, aunque publicó bajo el nombre “un religioso”, cuando escribió el *Diálogo de doctrina cristiana*. Aparte de su fuerte creencia en la justificación por la fe, nunca rechazó directamente el canon de la Iglesia establecida. Por mucho tiempo durante aquellos años y en años posteriores, existió mucha confusión al intentar determinar exactamente lo que creyó Valdés. Unos ejemplos que damos en las siguientes secciones mostrarán la base fundamental, teniendo en cuenta la heterodoxia de su fe y la heterodoxia de su análisis del idioma.

Ortodoxia y fe

En cuanto a la fe y los orígenes intelectuales de la Reforma europea, dice Alister McGrath, “The certitude of faith is based upon the authority of scripture, and this authority ultimately derives from the fact that it is God himself who is the author of scripture. Scripture requires reliable interpretation if it is to function as the foundation of Christian theology, in the manner suggested by Thomas Aquinas” (123). Entonces el mejor entendimiento posible era el propósito que querían alcanzar los estudiosos como Juan de Valdés. Metafóricamente podríamos decir que la lengua y la fe en Dios para Valdés andan de la mano. Así que no era tan extraño que quisiera

estudiar la filología y acercarse a los idiomas en que escribieron los autores que eran su fuente de inspiración a la hora de escribir el texto bíblico, como ocurrió, por ejemplo, con el hebreo y el griego.

Como se ve muy bien en la cita mencionada anteriormente de Fermín Caballero, aquellos que han analizado a Juan de Valdés, le han clasificado según sus propias interpretaciones de su pensamiento teológico que, de verdad, era una característica clave en su vida. Se sabe mucho de su perspectiva gracias a sus propios escritos. Lo que destaca más que nada es la variedad de interpretaciones que surgieron de los comentaristas valdesianos. En cuanto a la heterodoxia u ortodoxia cada uno parece seguir su propia definición de los dos conceptos. La fuente que reconoció Juan de Valdés, la Biblia, es bastante obvia a causa de su obra *Diálogo de doctrina cristiana*.

En cuanto a las características más destacadas que el Santo Oficio consideró heréticas fueron las siguientes que muestra Nieto, cuando habla sobre un testigo que habló en uno de los procesos, concretamente de un amigo de Valdés, Fray Bartolomé de Carranza. Había tres fundamentos que definieron bien las características que el Santo Oficio consideró heréticas: “La primera: no es preciso acudir a los Santos Padres para entender las Santas Escrituras; la segunda: podemos estar plenamente seguros de nuestra justificación; la tercera: se obtiene la justificación si se tiene fe viva en la pasión y muerte de nuestro Salvador” (*Juan de Valdés y los orígenes* 49).

Menéndez y Pelayo, Barbolani y Bataillon, entre muchos, caracterizaron a Valdés como escritor y hombre heterodoxo. Así que a través de los siglos siempre Juan de Valdés ha sido considerado un heterodoxo por su fe y sus escritos. Valdés se vio a sí mismo completamente ortodoxo y comprometido a su propia definición de ortodoxia según su interpretación de la Biblia. Él disfrutó de una libertad que a la vez requirió obediencia completa a Dios. A través de

su interpretación de la Biblia llegó a una creencia fuertemente ligada con las ideas expresadas por Pablo. Se quedó fiel a sus creencias y siguió con su trabajo evangélico hasta su muerte, a pesar de ser condenado hereje. Del mismo modo que San Pablo, persiguió su estudio teológico y filológico a la vez, es decir nunca abandonó su fe ni su profesión como lingüista porque creyó que era posible ajustar los dos. Su interpretación de su fe y su aproximación a la vida fueron distintas y con la libertad que sentía y el reconocimiento de la autoridad de Dios a través de su fe, Valdés escribió sus obras con una autoridad que merece nuestra atención. Allí nos dirigimos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO 2

Valdés y su concepto de autoridad en el castellano

Con la base de entendimiento creada en el primer capítulo de la vida de Valdés y utilizando la obra de Nieto como guía, entramos en un análisis de la heterodoxia y ortodoxia. Como dijimos en el primer capítulo, las creencias de Valdés no eran paralelas a la doctrina de la Iglesia, y por eso le condenaron como hereje. No obstante, cuando Valdés salió de España, seguía enseñando a sus discípulos las verdades que, para él, formaban la esencia de su visión mundial. Valdés no creía haber interpretado mal la Biblia y los fundamentos de su fe. Al contrario, cuando habla de la iglesia católica en su *Diálogo de doctrina cristiana*, se está refiriendo al reino de Cristo y la Iglesia verdadera de Jesucristo. Si hubiera tenido dudas, es probable que no hubiera ido a Italia para evitar el segundo proceso de la Inquisición. Su entendimiento de la autoridad de la fe dio la mayor importancia a su propia lectura de la Sagrada Escritura y su propia interpretación. La teología que se ve es una mezcla de libre albedrío personal y la Ley de Dios con una fe totalmente comprometida en la soberanía y dirección benévola de Dios, y llega hasta todas las partes de su vida. Se podría caracterizar esta descripción como su visión mundial. Nos ayuda la caracterización que nos sugiere Nieto cuando interpreta la creencia de Valdés manteniendo, “Este doble conocimiento de Dios y del hombre que el cristiano recibe en su encuentro personal con la Ley como voluntad de Dios, y con el Evangelio como misericordia divina, en su experiencia humana de frustración y pecado, es el fundamento y el punto de partida de la epistemología de Valdés [. . .]” (*Juan de Valdés y los orígenes* 323).

Estamos de acuerdo con el análisis de Nieto cuando profundiza en su propia hipótesis con una base histórica y el razonamiento sobre el pensamiento teológico de Valdés. Él mantiene que Valdés, aunque no rechazó oficialmente a la Iglesia Católica de Roma, no tenía en cuenta los estudios de los santos padres. Su doctrina era menos restringida, más libre, y más cierta a causa de la aplicación del Espíritu Santo. Para tener una fe tan fuerte, tan segura, de hecho vio a Dios desde una perspectiva distinta a la de la fe católica y mucho más fiel a la Iglesia Apostólica. Su verdadera creencia en lo que Alcaraz llamaba el amor de Dios, era para Valdés, más cristocéntrico. Su autoridad *a priori* era Jesucristo y las enseñanzas de los apóstoles en la Sagrada Escritura. Por eso, escribió muchos comentarios de los apóstoles y optó por escribir una traducción de los Salmos del hebreo al castellano, que era, como señala Cristina Barbolani citando a Marcelino Menéndez y Pelayo, la mejor traducción de los Salmos al castellano (47).

Para dirigirnos a un mejor entendimiento del pensamiento de Valdés y el enlace entre su concepto de autoridad religiosa y la autoridad del castellano, debemos ver no sólo sus inclusiones en el texto del *Diálogo de la lengua*, pero también será útil ver unos puntos jalonados por Cristina Barbolani en su introducción de este texto. Debemos ver los textos, tomando en cuenta que Valdés no hizo una separación entre la vida espiritual y la vida secular. Por eso en esta parte de la tesis analizamos lo que nos dirige a lo que a nosotros nos parece una interpretación que contribuye a lo que mantuvo Barbolani cuando escribió, “el problema de la lengua está muy fuertemente vinculado al religioso” (46). Intentamos mostrar que Valdés desarrolló un discurso filológico con fundamentos que emiten sus creencias religiosas y la flexibilidad que existía allí en contraste con la represión y reglas apoyadas por la institución que manejó la Contrarreforma.

Autoridad de la lengua castellana

El Renacimiento según un sinnúmero de autores, historiadores, teólogos, y filósofos fue una época que envolvió más de un siglo. Ottavio Di Camillo en su aproximación al Renacimiento establece los antecedentes medievales del humanismo a través de una explicación del ambiente histórico y unos hechos importantes que mandaron a España los manuscritos tan importantes en el desarrollo del pensamiento humanístico. Más allá de los hechos y datos históricos, trata las influencias literarios y el establecimiento de nuevos conceptos en la retórica, poesía y lo que denomina autoconciencia humanística (19).

Cuando hablamos del Renacimiento, la primera cosa que nos limita es un concepto geográfico, y en nuestro caso sería la Península Ibérica e Italia. Son los dos países en que Valdés pasó su vida, escribió las obras que se conocen hoy en día, y recibió el aprendizaje que lo llevó a su visión mundial. Ottavio Di Camillo expresó sucintamente el período inmediatamente antes del nacimiento de Valdés así:

Cuando, todavía no mediado el siglo XV, un cierto número de hombres de letras dirigen su atención hacia los humanistas italianos, están ya situados en un nuevo ambiente intelectual, abierto a las innovaciones. Es una atmósfera prehumanista, caracterizada por la conciencia de hallarse ante una crisis de valores, en el pértico de una nueva edad que requería soluciones nuevas a los viejos problemas y que plantearía nuevos desafíos de índole religiosa, política y social. (19)

Así que Valdés, como muchos otros, buscó soluciones nuevas en autoridades antiguas. Pero no aplicó todas las ideas de la antigüedad en la forma utilizada anteriormente. Los humanistas reconocieron la belleza y acontecimientos impresionantes de los romanos y griegos y los querían imitar pero a la vez, los renovaron con su propio estilo. Valdés se dio cuenta de la herencia de

las culturas antiguas y reconoció la importancia del conocimiento acumulativo de sus antecedentes que contribuyeron al idioma castellano. Por eso, se ve en la estructura del *Diálogo de la lengua* un desarrollo de los fundamentos que conceden al idioma su autoridad.

Sugeríamos, entonces, que el primer paso en establecer la autoridad del idioma castellano para Valdés era establecer sus raíces para mostrar su riqueza y propiedad como idioma del Renacimiento. No es extraño que Valdés incorporó los fundamentos del idioma porque como se sabe del Renacimiento, la nueva práctica filológica incluyó la búsqueda del significado de textos antiguos en el estudio de los idiomas de donde procedió la vernácula. Seguía, por eso, un camino de preguntas entre los interrogantes del nacimiento de castellano.

Para jalonar la historia del idioma y establecer la herencia y reforzar la idea del mérito que merece el castellano, Valdés empieza al principio del *Diálogo de la lengua* con una pregunta de uno de los interrogantes, Marcio, “lo primero que querría saber de vos es de dónde tuvieron origen y principio las lenguas que oy se hablan en España, y principalmente la castellana, porque, pues avemos de hablar della, justo es que sepamos su nacimiento” (131). Este primer paso nos indica que Valdés es creador, como otros humanistas del Renacimiento, en la idea que hay sabiduría en conocer sus raíces. El conocimiento de las raíces del idioma para Valdés es admitir que la autoridad procede de una cadena que enlaza la sabiduría de los antepasados con el presente. Valdés responde a la pregunta de Marcio estableciendo sus fundamentos y mostrando los enlaces entre el castellano del siglo XVI y el griego, el latín, y el árabe.

[Q]uiero dezir que, assí como la lengua que oy se habla en Castilla, aunque es mezclada de otras, la mayor y más principal parte que tiene es de la lengua latina, assí la lengua que estonces se hablava, aunque tenía mezcla de otras, la mayor y más principal parte della era de la lengua griega. En esta opinión he entrado por

dos puertas. La una es leyendo a los historiadores, porque hallo que griegos fueron los que más platicaron en España, assí con armas como con contrataciones, y ya sabéis que estas dos cosas son las que hazen alterar y aun mudar las lenguas; quanto más que se lee que griegos vinieron a abitar en España, por donde es de creer que, no solamente guardaron su lengua, pero que la comunicaron con las otras naciones, las quales, por ser, como es, rica y abundante, la devieron de acetar. La otra puerta por donde soy entrado en esta opinión es la consideración de los vocablos castellanos, porque, quando me pongo a pensar en ellos, hallo que muchos de los que no son latinos o arávigos son griegos, los cuales creo sin falta quedassen de la lengua antigua, assí como quedaron también algunas maneras de dezir, porque, como sabéis, el que habla en lengua agena siempre usa algunos vocablos de la suya propia, y algunas maneras de dezir. (132 - 133)

La clave fundamental que muestra Valdés en esta larga cita del *Dialogo de la lengua* es que el castellano merece respeto por su enlace con tres civilizaciones más avanzadas en la historia de Occidente. Valdés da mucha importancia a la autoridad de las civilizaciones que los humanistas adoraron durante el Renacimiento, pero a la vez muestra el enlace histórico con culturas avanzadas, y además muestra la conexión comunicada por la Sagrada Escritura. Para mostrar el enlace con la fe, sacó y mostró unos ejemplos del griego y los puso en boca de Marcio que mantiene, “Acetamos la licencia, y mirad que no os admitiremos los vocablos griegos que la lengua castellana ha tomado de la sagrada escritura, como son escandalizar, atesorar, evangelio, apóstol” (133). Sigue Valdés con otros ejemplos de vocablos griegos para otros campos o contextos de la vida, por ejemplo, la medicina. Explica cómo el griego ha enriquecido el castellano mientras Marcio le pide más ejemplos, los cuales le da Valdés en toda su profundidad.

En otra sección del *Diálogo de la lengua*, el autor trata otra vez el enlace entre la fe y la lengua, aunque de manera indirecta. Hablando de las traducciones y la dificultad, emplea el siguiente diálogo entre Valdés y Marcio:

V: Por esto es grande la temeridad de los que se ponen a traduzir de una lengua en otra sin ser muy diestros en la una y en la otra.

M: Desta manera pocas cosas se traduzirían.

V: Assí avría más personas que supiesen las lenguas necessarias, como son la latina, la griega y la hebrea, en las quales sta escrito todo quanto bueno ay que pertenezca assí a religión como a ciencia. (226)

Lo que revela este pequeño intercambio entre Marcio y Valdés en el diálogo es mucho en cuanto a las ideas de autoridad que tenían Valdés y merece la pena ampliarlas.

Primero, la autoridad del castellano es establecido a través del estudio filológico. Esto aumentó la perspectiva de la comunicación de significados y verdades que para Valdés, eran verdades esenciales. Así que Barbolani menciona las inquietudes de Valdés que le motivaron a estudiar la filología y desarrollar su propio entendimiento de los idiomas y la religión. “En estas condiciones se encontraba Valdés, que dominaba las tres lenguas básicas. Sin embargo, en cuanto su fe deja de ser un hecho personal y quiere contactar con los que le rodean, es el castellano la lengua que utiliza para su proselitismo; la lengua en que había oído en sus años juveniles la predicación de Alcaraz” (*Diálogo de la lengua* 47).

Además, se ve que en la opinión de Valdés hay tres culturas sobresalientes en su producción de escritos sobre la ciencia y religión, específicamente las culturas de los griegos, los romanos y los árabes. Admite Valdés que las culturas anteriores alcanzaron un alto nivel de sabiduría y aunque sea difícil traducir los escritos suyos, sería un trabajo de mérito. Y más que

mostrar su actitud renacentista y la glorificación de las culturas antiguas, reconoce la sabiduría de la fe cristiana de la cual sacó su propia visión mundial. Aunque no se refiere directamente al cristianismo, no se puede leer el *Diálogo de la lengua* sin tener en cuenta los amplios estudios bíblicos y la fe que expresó Valdés en sus obras anteriores. La pregunta que nos hacemos es qué hace Valdés con su reconocimiento y demostración de las características del castellano heredadas de los idiomas antiguos. Y se puede proponer unas observaciones a esta cuestión creyendo que lo hizo conscientemente o no.

La primera es que Valdés está exponiendo los fundamentos y metodológicamente estableciendo la validez del idioma a través de volver atrás la mirada hacia el desarrollo del idioma, cuyas raíces proceden de sociedades cultas desde el punto de vista Occidental. El valor y la autoridad del castellano en este sentido proceden de los antepasados. De lo que sabemos de sus creencias en Dios todopoderoso e interpretaciones bíblicas, está viendo la autoridad del idioma que viene de un origen. Aquí hay dos aspectos que añade autoridad al castellano. Una característica es el conocimiento cumulativo de siglos de pensamiento, investigación y desarrollo de unas sociedades muy avanzadas en un impresionante rango de disciplinas. A la vez Valdés reconoce la influencia de la fe cristiana y su mensaje que sus creyentes han aplicado en todas las civilizaciones anteriores de donde procede el castellano. Es un idioma que mezcla lo mejor de los antecedentes.

Lo segundo que se ve en la conversación entre Marcio y Valdés es que Valdés se da cuenta de la dificultad de comunicar las verdades y muestra un respeto profundo hacia la importancia de mantener el significado, que es, en esencia, un ejercicio de interpretación. Reconoce Valdés la importancia de entender el significado con todos sus enlaces a la cultura que la produjo. La filología existe como herramienta para desarrollar el mejor entendimiento posible

de los idiomas desde los cuales procedió el castellano, y es clave para alcanzar una interpretación fiel.

Aunque Valdés sugiere aquí una aproximación cautelosa hacia el trabajo de interpretación, no sugiere que no es menester hacerlo. Escribe de la dificultad de la traducción y la necesidad del dominio en los dos idiomas a causa de su propia experiencia en el trabajo de traducir los textos bíblicos, por ejemplo los Salmos. Lo que hace Valdés en su ejercicio de hacer la traducción de la escritura es exactamente lo que sugiere en el *Diálogo de la lengua* como método de aumentar la autoridad del castellano. Cree Valdés que aparte de la autoridad otorgada de los orígenes culturales del castellano, es de primera importancia añadir y enriquecer la autoridad a través de obras literarias. No hay mejor manera de enriquecer el castellano que escribir una traducción de los Salmos teniendo en cuenta todo el respeto por la importancia del texto y su significado. Como señala Barbolani, Valdés “la realizó escrupulosamente (los textos sagrados le inspiraban mucho respeto) cuidando ante todo la literalidad, prefiriendo incluso violentar a la lengua en que traduce antes que alterar el significado del original hebreo” (*Diálogo de la lengua* 47).

Literalidad en interpretación

Podemos imaginar el enlace con Lutero que hicieron varios críticos de Valdés a lo largo de los siglos después de su muerte a través de un análisis de los escritos valdesianos y su fidelidad al significado literal que mencionó en su prólogo antes de su traducción de los Salmos. Valdés optó por los Salmos “[. . .] porque entiendo que los Salmos tienen más necesidad de buena traslación que las Epístolas, por estar ellos en los libros latinos más impropriamente trasladados que no están ellas[. . .]” (*Diálogo de la lengua* 46).

Vamos a echar un vistazo al análisis de Lutero y su aproximación a la interpretación de la Sagrada Escritura que es un método de interpretación parecido al método que empleó Valdés también. Se sabe que una característica que dio autoridad a la traducción fue la fidelidad al texto más antiguo escrito en hebreo. No se puede evitar la interpretación cuando se hace una traducción y es la interpretación lo que le preocupó a Valdés y “Por esto es grande la temeridad de los que se ponen a traducir de una lengua en otra sin ser muy diestros en la una y en la otra” (*Diálogo de la lengua* 226).

Su inquietud y cautela en su aproximación hacia la traducción de un texto se debe al tema que intentó comunicar. Esta preocupación con la dificultad de presentar un texto sagrado en otro idioma no es sorprendente, sino revelante de la conexión de la cual habla Barbolani. Era una preocupación de la Reforma en general y una característica común entre quienes buscaron comunicar su entendimiento de la fe cristiana verdadera. Como expresa Alistair McGrath hablando de Lutero y la tradición medieval de interpretar la Sagrada Escritura, “the literal sense of scripture is fundamental” (158). Así que la literalidad tanto para Valdés como Lutero tenía gran importancia.

Hace falta recordar un punto que mencionamos anteriormente en cuanto al desarrollo del pensamiento teológico de Valdés, y es precisamente, lo que enfatiza Nieto cuando hace su contraste entre el pensamiento de Valdés y Alcaraz. Entre los dos, el pensamiento de Valdés lleva un aspecto sumamente cristocéntrico. Es este cristocentrismo que nos llama la atención y sugiere un enlace entre el pensamiento valdesiano y luterano porque se ve en los escritos de Lutero que él reconoce dos sentidos literales que denomina en latín, *sensus literalis historicus* y *sensus literalis propheticus* (158). El uso de este método de interpretación dejó una

interpretación en que se dio cuenta del sentido histórico y a la vez de un sentido cristocéntrico (*Juan de Valdés y los orígenes* 127).

Sugerimos que en la misma manera de Lutero, Valdés se aproximó a los textos sagrados y su traducción al castellano tomando en cuenta la diferencia entre los textos de inspiración del Espíritu Santo frente a los textos que carecen de inspiración. No obstante, Valdés no negó el valor ni la posición importante de textos no sagrados. Esta corriente de interpretación se parece mucho a Lutero y podría ser la causa de la opinión que muchos críticos mantienen cuando aseguran que Valdés leyó los escritos de Lutero. La cuestión de la interpretación que enfrentó a Lutero nos presenta McGrath cuando opina, “The danger which Luther emphasizes is that of mistaking the shadow for the substance, or the sign for the thing which is signified. For Luther, the substance which is foreshadowed in the Old Testament is Christ; the thing signified by the law is the life, death and resurrection of Jesus Christ” (159).

Comentamos de la literalidad y sus implicaciones porque la traducción envuelve el trabajo de interpretación y hace necesario un entendimiento de lo que intentó hacer Valdés cuando dijo que quería mantener fidelidad al significado. Hizo sus traducciones y comentarios con un objetivo evangélico y para sus discípulos italianos, y un resultado de las traducciones era el enriquecimiento y la demostración que el castellano era un idioma con suficiente autoridad para expresar las ideas teológicas que quería comunicar. Además de ser un trabajo de importancia, la traducción añadió autoridad e importancia al castellano porque mostró la amplitud de expresión que se hace con la lengua.

Uso de los refranes

Aparte del enriquecimiento del castellano a través de su diestra explicación de los enlaces con idiomas clásicos, y sus traducciones de textos sagrados, Valdés añadió autoridad al idioma

en *El diálogo de la lengua* utilizando los refranes. Nos señala Rita Hamilton en su artículo, “Juan de Valdés and Renaissance Theories of Language,” que Valdés, al incorporar los refranes castellanos en su diálogo “had found an almost inexhaustible reserve of models for the correct use of Castilian. For if Castilian is ‘más vulgar’ than the Tuscan, then the writer of good Castilian will take as his authorities not literary models but the recorded sayings of the people” (127). La sencillez de las referencias paremiológicas no es una desventaja en la opinión de Valdés, sino parte de la base que se utiliza para reforzar el uso correcto del idioma de la gente. Reitera su comentario anterior cuando insiste que el castellano es lo que aprendió por uso y no por libros o arte (121). Sin embargo, su diálogo muestra que el castellano es digno de ser un idioma utilizado por arte y libros. La conversación entre los personajes del diálogo lleva el castellano a un nivel donde brillará tanto como el toscano.

Valdés aboga por la validez del castellano entre todos los idiomas y cree que merece una posición de importancia y valor. Admite Valdés que aparte de unas obras literarias, al castellano le falta lo que existe en el italiano, es decir, no hay una literatura que da a la lengua su validez y aumenta su autoridad. Esta es una verdadera invitación a otros para hacer su contribución al idioma. “[. . .] Como sabéis, la lengua castellana nunca ha tenido quien escriba en ella con tanto cuidado y miramiento quanto sería menester para que hombre, quiriendo o dar cuenta de lo que scrive diferente de los otros, o reformar los abusos que ay oy en ella, se pudiesse aprovechar de su autoridad” (123).

Lo que se deduce de esta actitud mostrada por el diálogo es que Valdés espera mejorar el respeto del castellano al reconocer su procedencia rica, su sencillez en cuanto al uso, su creciente popularidad entre España e Italia, y su potencia como idioma de autoridad y distinción.

A la vez reconoce la necesidad de establecer unos estándares en cuanto a la ortografía para facilitar el uso entre los letrados. Otra vez es útil darse cuenta de lo que Hamilton afirma, “What Valdés understood was that there was advantage in having one recognized standard form of Castilian” (131).

Otro aspecto de autoridad que Valdés espera dar al castellano está ligado con la idea del refrán y su uso por toda la gente. No quiere añadir más de lo que es necesario para expresarse bien, ni quiere quitar la esencia del idioma que necesita para comunicar todos los conceptos de la cultura. Aquí se ve la autoridad que tiene el castellano por su conexión con lo que habla la gente en España y partes de Italia del siglo XVI. Es lengua hablada por la gente común y a la vez suficientemente expresiva para comunicar en un nivel de gente bien educada. Esta característica muestra que la gente abraza el castellano y que es un idioma que merece respeto.

El ingenio del desarrollo del concepto de la autoridad del castellano y la sutileza que Valdés utiliza es difícil de percibir y por eso es notable. El estilo que empleó Valdés es análogo al idioma, como señala Domingo Ricart cuando escribió, “El estilo valdesiano tiene una calidad única, que no radica en la perfección formal de la frase, ni en los aliños retóricos, sino en el calor humano que irradia, en el tono sincero y persuasivo que emplea, y en el aura de reverencia y piedad que los envuelve, como tan bien supo ver el exquisito poeta George Herbert” (9). Es parecida a la sencillez y profundidad de su propia fe que procede de unas creencias sencillas sino penetrantes, abrazando la certitud de su justificación en Cristo la cual, “sitúa a Valdés en una posición muy especial dentro de la historia de los movimientos no católicos romanos de ese siglo” (*Juan de Valdés y los orígenes* 498). La lengua castellana en estos asuntos espirituales es una clave esencial y está íntimamente ligada no solo con expresiones terrenales, sino con verdades de importancia eterna y sin duda tuvo una influencia poderosa en motivar a Valdés con

su concepción de la autoridad y el papel del idioma en la vida. Estamos de acuerdo con Nieto cuando comenta, “El estudio de la teoría de la expresión en Valdés deja en claro que conocía muy bien el sentido de las palabras y términos, y que escogía los mejores para expresar sus conceptos y hacerlos comunicables” (*Juan de Valdés y los orígenes* 303).

Análogo al movimiento de los alumbrados

La última característica que debemos explorar con el propósito de aclarar el concepto de autoridad en la lengua y su enlace con la fe, es la semejanza que existía entre la concepción valdesiana de la lengua y el movimiento de los alumbrados. Para este ejercicio son útiles unas citas de dos análisis distintos, la primera sacada del artículo “The Italian Reformation & Juan de Valdés,” donde Massimo Firpo nos sugiere hablando del alumbradismo:

However, we must not pass in silence over certain basic elements in that movement that were destined to have a long life and complex ramifications, cropping up even in the specific context of the Italian Reformation. I refer to the centrality of the laity, for example the privileged role of women, the involvement of the great titled aristocracy, and the astonishing social connections between simple *contadores* and uneducated *beatas* on the one hand and powerful grandees and learned Complutensians on the other, under the aegis of a religious individualism founded on the illumination of the spirit as the sole source of truth, in opposition to the official doctrines of the Church. (357)

En el *Diálogo de la lengua*, Valdés desarrolla, a través de su uso de los refranes, una base común en castellano para que la gente reconociera la utilidad del idioma en sus asuntos diarios. Es decir, una aproximación que es el más incluyente. No menos inclusiva es su interpretación filológica del castellano que reconoció la multitud de influencias de otras lenguas anteriores, por

ejemplo, hebreo, griego, latín, y árabe. La semejanza entonces entre el movimiento de los alumbrados y la lengua castellana es una conexión de inclusión. El enlace que hace la conexión entre todos es la lengua.

Valdés aprendió los principios de su fe a través de las lecciones de un predicador laico, Pedro Ruiz de Alcaraz, quien había aprendido el latín por leer tanto el Vulgata. Pero las conversaciones y los debates cotidianos fueron hablados en castellano. La idea de comunicar la fe en grupos pequeños les parecía también ventajosa para la evangelización. Los alumbrados incorporaron características que representaron la mayoría de la población de España, especialmente a la luz de la creciente importancia de la región con la ascendencia de Carlos I al trono del reino. Lo que amenazó a la Iglesia era su falta de relevancia para los creyentes que no hablaban el latín. Los creyentes desearon una fe viva en que podían participar y buscaron esta fe expresada en su propia lengua.

Valdés, aparte de su conexión a la filología y su conocimiento del latín, se dio cuenta de la importancia del castellano y sus características suficientes para expresar no sólo ideas de la fe, sino de todas disciplinas escolásticas. Del mismo modo que los alumbrados querían evangelizar a la gente de los pueblos, Valdés quería compartir el castellano y utilizarlo para facilitar y unir a la gente de su país.

Como fundamento que les ofrece a sus hablantes un método de comunicación la lengua en sí existe como símbolo de autoridad. Se puede decir que hay un sentido de autoridad inherente en la lengua que funciona como modo de vincular a la gente. Nieto también expresa bien la teoría de la lengua que revelan los escritos de Valdés manteniendo que, “Las palabras, como medios adecuados para comunicar conceptos, deben ser aprovechadas en toda su fuerza original y nunca ser manejados con ligereza: éste es principio básico de la teoría de expresión de

Valdés; sus consecuencias para el estudio de su teología son de la mayor importancia” (*Juan de Valdés y los orígenes* 303).

El concepto de la comunicación para Valdés queda asombrosamente plasmado en los escritos suyos que indican esta idea de la autoridad y la sencillez parecidas al movimiento y principios de los alumbrados que tuvieron tanta influencia en su vida. Sus propias palabras del *Diálogo de la lengua* nos sirven para mostrar cómo prestó su atención a la lengua y la importancia de mantener la sencillez, aunque con toda su profundidad cuando dice,

Para deziros la verdad, muy pocas cosas observo, porque el estilo que tengo me es natural, y sin afetación ninguna escribo como hablo; solamente tengo cuidado de usar de vocablos que signifiquen bien lo que quiero dezir, y dígolo quanto más llanamente me es possible, porque a mi parecer en ninguna lengua sta bien el afetación; quanto al hazer diferencia en el alçar o abaxar el estilo según lo que scrivo o a quién escribo, guardo lo mesmo que guardáis vosotros en el latín (233).

En aquella época, los eclesiásticos se dieron cuenta del poder y la autoridad con la cual escribió Valdés, pero en lugar de reconocer su belleza y profundidad, sus escritos fueron condenados a través de la represión manifestada por la Inquisición. Cuando Valdés escribió su *Diálogo de la lengua*, ya había sido condenado unas veces en España por sus creencias religiosas, lo cual está a la vez vinculado a una condenación de su teoría del idioma. La lentitud en publicar el *Diálogo de la lengua* entre otras razones, nos podría sugerir un rechazo de Valdés en general por sus creencias controvertidas, especialmente a la luz del fuerte enlace entre la Iglesia y el reino de España en los siglos a lo largo de su breve vida y después de su muerte.

Con nadie es posible dividir la esencia de su personalidad ni sus pensamientos escritos y no es nuestra intención, pero en el análisis de Valdés ha sido necesario separar su carácter y ver

varios aspectos de su entendimiento de la autoridad del castellano para llegar a un conocimiento válido. Como paso final debemos reiterar las ideas que nos han llamado nuestra atención, de modo muy breve.

Recapitulación

Valdés vivió una vida con privilegios de educación desde el comienzo de su vida rodeado de gente perspicaz con lo que suponemos tuvo el mejor aprendizaje del idioma. Sin conjetura imaginamos que Valdés también entendió durante su edad más tierna el papel de la autoridad en la cultura y la importancia de comunicación siendo parte de una familia bastante grande con padres conversos, quienes sabían la importancia del idioma y su poder de expresar creencias. El negocio de su padre, como regidor, posiblemente mostró a Juan la importancia del idioma para la negociación en asuntos políticos.

Siguió sus próximos pasos en Escalona, cerca de Toledo, el centro del poder y autoridad del reino de España en su propia época, además con otros jóvenes y un predicador que le enseñó unos fundamentos religiosos que le llevaron a una curiosidad inmensa por la Sagrada Escritura. Valdés reconoció las autoridades que le rodearon y distinguió entre estas autoridades en sus años universitarios cuando escribió su primera obra *Diálogo de doctrina cristiana*. Allí Valdés comentó y dio sus propias interpretaciones de la Biblia pero eligió en vez de escribir un tratado, el diálogo entre una serie de personajes. A la luz del ambiente religioso y el creciente poder de la represión del Santo Oficio, Valdés mantuvo sus convicciones y las amplió, aunque fueron todas ellas ideas en contra las interpretaciones oficiales de la Iglesia.

Es verdad que Valdés estudió el idioma y lo creyó una parte primordial en el desarrollo de su propia perspectiva y entendimiento del mundo. Aunque las ideas de autoridad no son necesariamente explícitas, es evidente que Valdés creía en las autoridades. Valdés encontró la

autoridad de su fe las enseñanzas de Cristo y por consiguiente buscó la interpretación más fiel a los escritores. Del mismo modo se aproximó a sus propias explicaciones de la lengua castellana en su *Diálogo de la lengua*. A él le gustaba estudiar, proponer nuevos significados y facilitar la comunicación. Por eso escribió su *Diálogo de la lengua*, con la intención de dar más autoridad al castellano. No le importó que sus ideas religiosas fueran condenadas por heréticas porque tuvo una convicción absoluta en aquello en lo que creyó. La seguridad que tenía en su propia interpretación y su razonamiento de la fe no la utilizó para rechazar oficialmente la Iglesia. Pero Valdés no era novato en cuanto a los sucesos de la Iglesia y la lucha que sucedió en aquellos años. Con la misma sencillez que mantuvo su fe, Valdés respaldó el crecimiento del uso del castellano para expresar no sólo su mensaje evangélico, sino una literatura digna de ser reconocida y capaz de comunicar conceptos en toda su profundidad, fueran éstos de índole filosófica, teológica, científica o por mero placer.

CAPÍTULO 3

Valdés y su teoría de comunicación en el *Diálogo de la lengua*

Podemos plantear dos preguntas en relación con el escrito de Valdés y son estas que hemos tomado en cuenta: la de la importancia de distinguir, para él y otros de su época, entre la ortodoxia versus la heterodoxia, y la otra es una cuestión de autoridad y de dónde derivó la autoridad con que escribió y opinó en todas sus obras. También es lógico plantear que Valdés no pusiera menos esfuerzo en su pensamiento y planeamiento en cuanto a la selección del género.

A lo largo de nuestro tratamiento en los dos capítulos anteriores se ve sus conceptos de convicción cristiana y la autoridad que vienen de la conciencia del autor Juan de Valdés a través de la comunicación escrita. El concepto de la comunicación generalmente implica que existen seres humanos conscientes de sus vidas y que ellos quieren relacionarse. Valdés expresa este deseo no sólo en su exégesis de textos sagrados, sino también en el *Diálogo de la lengua*. Con todas sus expresiones escritas Valdés insiste en la importancia del intercambio entre seres humanos. Este intercambio de ideas nos ayuda en nuestra búsqueda de las verdades que dirigen nuestras vidas. Valdés creyó que las verdades cristianas fueron más importantes y él intentó a dar autoridad al castellano para expresar los principios de sus convicciones. Creyó que podía compartir con más gente de su país el amor de Dios que aprendió de su maestro Pedro Ruiz de Alcaraz. También Valdés disfrutó la vida y la riqueza de su propia cultura. ¿Qué mejor manera de enriquecer la cultura que aumentar las expresiones literarias en el castellano?

En el desarrollo de las relaciones y con el crecimiento del número de habitantes del mundo terrenal llega el desarrollo de las sociedades y culturas distintas. El mero hecho de que

éstas funcionan y de que nos relacionamos es evidencia de que hay cierto nivel de entendimiento entre nosotros. Así que se ven las acciones y reacciones de los seres humanos en una multitud de posibilidades infinitas. Es decir; que hay cooperación, discusión, resolución, y restauración y desde el momento que nacemos hasta nuestro propio fallecimiento; no podemos evitar la comunicación. El hecho de que hay un lector de esta tesis es evidencia de comunicación entre los participantes que mencionamos al principio: un escritor y un lector. Pretendemos por esta parte hacer un análisis del modo de comunicación que empleó Valdés con un enfoque en las características del género del diálogo, la eficacia del género y la importancia del autor. Para alcanzar nuestra meta profundizamos los fundamentos y los principios del diálogo.

La comunicación

En cuanto a la literatura se ve una multitud de maneras de enviar mensajes y con la tecnología de hoy en día, sigue creciendo la cantidad de comunicación en una forma u otra. No era menos chocante en la sociedad de Europa del siglo XVI, con la introducción de la imprenta, cuando empezó a surgir la difusión de textos impresos. Nos importa este surgimiento de escritura y específicamente los trabajos de Valdés porque es la huella de las ideas, el pensamiento del autor hasta la profundidad de su alma. Con profundidad del alma queremos decir los pensamientos que nos definen y que a veces son difíciles expresar en palabras. Para Valdés son las características de su fe cristiana. Si no podemos aproximarnos al significado y la intención que intentó comunicar Valdés, habríamos que preguntarnos por qué leemos. Por consiguiente, en esta sección queremos explorar algunos fundamentos del *Diálogo de la lengua* y llegar a unas conclusiones que nos ofrecen algunas ideas de la importancia del autor, su posición clave en la trascendencia del mensaje y el género que eligió para comunicar su mensaje.

Las formas de comunicación se manifiestan con extraordinaria variedad, dentro de la que se incluye la comunicación oral, escrita o con gestos. Lo que nos importa aquí no es sólo el idioma, sino el autor, Valdés, su decisión de utilizar el castellano en vez de otro idioma erudita y como mezcla con el diálogo para enviar su mensaje. En este último capítulo vamos a ver la importancia del autor en el campo de la literatura y su selección de género. Creemos que dentro del contexto de crítica literaria ha sido debates infinitos entre las ideas de género, así que también queremos presentar unas opiniones de lo bueno del diálogo para conseguir los objetivos que persiguió Valdés. Tratamos entonces de mostrar que el autor y lo que significa su texto es esencial para hacer los dos trabajos de interpretación y crítica. Para hacer la interpretación tenemos que conocer muy bien nuestro autor, su época y sus creencias profundas antes de entrar en la evaluación de su eficacia en su trabajo. Además, necesitamos darnos cuenta de la importancia de los contextos de la época en que escribió Valdés para entender mejor su mensaje y sus intenciones en el *Diálogo de la lengua*.

El concepto de género en la comunicación

La intención aquí no es escribir una historia del desarrollo del castellano ni del concepto del género, pero debemos reconocer que Valdés no creó su obra literaria ajena a aquel entorno en que vivía, sino que utilizó todas sus facultades de razonamiento que aprendió a través de su juventud y que le enseñaron a valorar la lengua castellana. Admitimos que la selección del género fue el resultado de una mezcla de factores, los cuales no son otra cosa que el enfoque renacentista en el diálogo, los propósitos de Valdés y su ingenuidad. Valdés ya había escrito su primera obra literaria, *Diálogo de doctrina cristiana*, y tenía cierto nivel de comodidad con la forma de expresarse. Además, haber leído tanto durante su niñez y su estancia universitaria, era

una influencia que le dejó, sin duda, bastante familiar con el diálogo y las características que le ayudaría alcanzar sus deseos de inculcar, persuadir y convencer sus lectores.

Para su *Diálogo de la lengua*, Valdés, quien había estudiado filología en la Universidad de Alcalá de Henares, seleccionó el castellano, o sea el idioma vulgar que entendía la parte de la población que no tenía el privilegio de asistir a la universidad. Optó por el castellano en vez del griego, latín, árabe o hebreo, los cuales menciona como antecedentes del castellano. Su selección nos sugiere una decisión consciente de comunicar la creciente importancia del castellano a un público no especializado.

Un estudio útil para analizar desde la perspectiva histórica el concepto de género es el que escribió Rosalie Littell Colie en su trabajo *The Resources of Kind: Genre-Theory in the Renaissance*. Su opinión y observación allí en cuanto a la literatura renacentista, aunque bastante general, nos lleva a un mejor entendimiento de las influencias generales de la época que se ve reflejada en Valdés. Explica su perspectiva cuando sugiere que el Renacimiento era una época en que importaba muchísimo el género con la siguiente afirmación: “For reasons that may seem familiar to us in one way and with results that may seem very odd, literate young men in the Renaissance turned to a cultural ideal which they defined as other and better than their own” (3). Expresa el poder histórico de las culturas antiguas que tenía cierta influencia innegable en obras de autores como Juan de Valdés. Colie mantiene que la generación renacentista buscó una ideal y la encontró en la glorificación de las culturas antiguas más avanzadas que dominaban las tierras próximas al Mediterráneo.

Pero con Valdés y su *Diálogo* no es tan fácil decir que él consideró las culturas antiguas mejores que su la suya propia. Juan las menciona en su *Diálogo de la lengua* por su influencia en el desarrollo y aportación al castellano, pero no para ponerlas en una posición de mayor

importancia. Conscientemente quería dar razones para enfatizar la validez del castellano. Por eso es una presuposición sospechosa decir que todos los escritores imitaron otras culturas porque las creyeron mejores que las suyas. Es más válido pensar que analizaron las culturas por su influencia, en el caso de Valdés en las culturas de la Península Ibérica y reconocieron sus aportaciones. Reconoció Valdés el carácter híbrido de su cultura y el idioma, y no lo despreció, sino que, al contrario, lo celebró.

No hay menos astucia en su aproximación al concepto y uso del género durante el Renacimiento, Colie opinó,

In the last fifty years, we have learnt a good deal about our perceptions of anything at all, notably, that these perceptions are mediated by forms, collections, collocations, associations; we have learnt, even, that we learn so naturally by forms and formulae that we often entirely fail to recognize them for what they are.

(4-5)

No hace falta temer que perderemos la variedad si concedemos que hay unas herramientas literarias que denominamos el género que nos sirve bien para facilitar la comunicación.

Veremos que Valdés utilizó el género que mejor le acomoda para abogar por el aumento del uso del castellano y por su adelantamiento hacia una variedad común, un estándar. Colie hace otra observación que aplica a la ejecución práctica del uso del género que empleó Valdés cuando opina “It seems to me that even though the chief concept of mimesis may often have acted as a constraint upon literary innovation in the Renaissance, another version of imitation, simply the imitation of formal models, was in spite of its inbuilt conservatism a factor for literary change and imaginative experiment” (8).

Se ve muy bien que, aunque Valdés imitó a otros autores, los cuales habían escrito utilizando el diálogo, él tuvo que elegir el diálogo como su modo particular de llevar su mensaje a los lectores, que por su sencillez podría parecer obvio. Al contrario, ésta es la imaginación de la que habla Colie. Valdés tuvo que elegirlo y ampliar sus propias ideas dentro del contexto del género conocido como diálogo. La riqueza de la literatura renacentista y particularmente de Valdés no surge de su repetición de formas literarias creadas por culturas avanzadas y admiradas, sino de la profundización de las opiniones y consideraciones sobre su propia cultura y su lengua.

Elección del diálogo

Aparte del idioma o código utilizado para comunicar su mensaje, Valdés también eligió un formato para transmitir sus ideas. Por eso nos planteamos la cuestión de si hay ventajas en elegir un método en lugar de otro para la comunicación. El diálogo es el formato que eligió Valdés y es menester meternos no solamente en la cuestión general de la importancia del género, sino las implicaciones de tal elección.

Como dijimos antes, la glorificación de aquellas culturas antecedentes no era un obsequio ciego, sino un reconocimiento de lo mejor en la civilización griega, romana, hebrea y árabe, por mencionar las más destacadas. No eran negables los acontecimientos de aquellas civilizaciones y los renacentistas tenían una colosa deuda a unos sistemas de transmisión del conocimiento y métodos de comunicación que funcionaron para expresar, explicar y ofrecer soluciones a las grandes cuestiones de la vida.

Entonces cuando Valdés eligió el diálogo como género para comunicar sus ideas alrededor del castellano, no nos debe sorprender que eligió un género que era el género de escritores clásicos. Es algo que han notado críticos e historiadores que han hecho indagaciones sobre las literaturas y culturas occidentales del Renacimiento. Como dice Rosalie Littell Colie

en *The Resources of Kind*, “[. . .] there are always kinds, forms, schemata, in all the arts, even now, when we flee from them that sometime did them seek” (4). Esta observación es fundamentada en las imitaciones que hicieron los autores del Renacimiento porque implica que el género facilita la comunicación de unas ideas.

Colie admite que siempre existe el género y aunque hoy en día posiblemente rechazamos tal idea con una actitud condescendiente, ayudó a los escritores de la época para expresarse con claridad y perspicacia. Cuando Valdés eligió el diálogo, rechazó la selección de otro modo que pudiera haber elegido, el tratado. Podemos imaginar la elección del tratado para comunicar el mensaje que quería transmitir Valdés, especialmente en las secciones de la obra que tratan de las reglas lingüísticas.

Es fácil contemplar un tratado en cada aspecto que quería comentar. Se puede ver corridamente la organización de un supuesto tratado en lo que piden los interrogantes de Valdés en el *Diálogo de la lengua* cuando le piden,

Al último haremos que nos diga su opinión sobre cuál lengua tiene por más conforme a la latina, latina, la castellana o la toscana. De manera que lo primero será del origen de la lengua, lo segundo de la gramática, lo tercero de las letras (adonde entra la ortografía), lo cuarto de las sílabas, lo quinto de los vocablos, lo sexto del estilo, lo sétimo de los libros, lo último de la conformidad de las lenguas.
(130)

La lista parece un resumen de un capítulo de cualquier tratado de la misma época que pretendiera profundizar en el idioma y que inevitablemente invitaría al aburrimiento, o también un estilo seco que carecería de la innovación que se ve en el diálogo. Muestra claramente un orden de posible desarrollo para un tratado, pero no eligió Valdés ese género. Al contrario, optó por el

diálogo por su eficacia y su diversión, y aunque no podemos saberlo con absoluta seguridad, hay características del diálogo que sirven bien para hacer el ejercicio de profundizar sobre la lengua y conseguir los objetivos que quiso alcanzar.

Ventajas del diálogo

Una de las ventajas del diálogo que reconoció Valdés era su eficacia para enseñar unos principios del castellano. Inherente en el diálogo donde hay personajes ficticios, el autor tiene la libertad de plantear preguntas y dar las respuestas para reforzar los principios que quiere jalonar. Valdés vio el diálogo como el método más eficaz para alcanzar una obra didáctica, persuasiva, práctica y sutilmente polémica.

El carácter didáctico está facilitado a través de un diálogo ficticio que emplea interrogantes supuestamente ignorante de los principios del castellano que Valdés quería enseñar. Esta simulación no es ajeno a los textos sagrados que leyó Valdés en su juventud y a lo largo de sus estudios universitarios. De hecho, es bastante parecido a los diálogos entre Jesucristo y sus discípulos en los evangelios sinópticos. Valdés negaría la inspiración del Espíritu Santo en su *Diálogo de la lengua*, pero no es especulativo conjeturar que tomó en cuenta aquellos libros sagrados por su eficacia de jalonar principios religiosos. Lo mejor de Valdés es que su posición como autor le dio la autoridad y el poder de elegir aquellos principios que quería presentar.

Aparte de su carácter didáctico, el género le ayudó a Valdés con la persuasión de sus lectores. Alcanza su meta de persuasión a través de pasajes en que los interrogantes echan pregunta tras pregunta pidiendo que el personaje Valdés les compruebe sus opiniones. Así se hace más fácil el desafío de persuadir a través de hacer las preguntas esenciales para llevar sus interrogantes a la opinión que para él es lo más deseable.

Una parte que ejemplifica esta estrategia aparece cuando Valdés ofrece sus críticas contra el trabajo lingüístico de Nebrija, su *Vocabulario*. Empieza a mostrar su duda en la autoridad de la obra y sigue con preguntas hechas por Torres. A través de las preguntas de Torres, se ve muy bien que Valdés alcanza la persuasión que quiere conseguir. Las siguientes preguntas demuestran que Torres, al final del intercambio, está de acuerdo con Valdés. Torres hace las siguientes interrogaciones: “¿Cómo? ¿No os contenta?” entonces, “En esso yo poco m’entiendo, pero ¿en qué lo veis?” seguido por, “Apenas puedo creer eso que me dezís, porque a hombres muy señalados en letras he oído dezir todo el contrario” y casi asegurado, “Confieso que tenéis razón” y por último, “Abasta lo dicho; yo estava muy engañado” (124-125).

Paso a paso, utilizando explicaciones para satisfacer las preguntas de Torres, llega a su propósito de convencer a Torres. Se ve claramente en el tono cambiante de las preguntas de Torres que rápidamente Valdés satisface y cumple su persuasión. Empieza Torres ignorante, expresa duda y le pide a Valdés una comprobación de sus afirmaciones, y al final Torres confiesa que estaba engañado.

No debemos dejar de mencionar también el aspecto práctico del diálogo que es una de las cualidades que mencionó Valdés cuando escribió su primera obra literaria de carácter teológico, *Diálogo de doctrina cristiana*. Antes de empezar su diálogo allí, se ve la razón fundamental que le influyó a Valdés en su decisión de relatar sus ideas a través del uso del diálogo. Valdés explica,

[. . .] según se me acordó en esta breve escriptura, e porque fuera cosa prolixa y enojosa repetir muchas vezes, Dixo el Arçobispo, y Dixo el cura, y Dixe yo, determiné de ponerlo de manera que cada uno hable por sí, de suerte que sea diálogo más que tratado, y también porque el que lo leyere, quando oyga que

habla el Arçobispo, esté atento a oír las palabras graves, pías y eruditas, de aquel excelente varón, pues a él piense vuestra señoría que oye e no a mí. (10)

Surge de la boca del autor su razonamiento en elegir el diálogo enfatizando la ventaja práctica de no tener que repetir ad nauseam. Reconoce al tiempo la apariencia que da el diálogo como si fuera hablando cada personaje por sí mismo.

La última característica que es menester señalar es la manera indirecta de entrar en la polémica contra lo que escribió Nebrija, que en la actualidad del período era la otra obra autoritativa que trataba el castellano con que Valdés no estuvo de acuerdo. La selección es clave en este respecto y facilitó el proceso en que entró Valdés para señalar las debilidades del *Vocabulario* de Nebrija y respaldar su propia teoría del castellano. Cristina Barbolani en su edición del *Diálogo de la lengua* resume bien la diferencia entre Valdés y Nebrija afirmando que, “Valdés conoce el arte, la gramática, pero no la confunde con la lengua. Toda intención normativa no es previa, sino posterior a la observación y descripción del hecho lingüístico” (80). La aproximación de Valdés al castellano es sencillo pero amplio e incluye todas las características que había tenido influencia en su desarrollo.

El diálogo: su sencillez y su belleza

Hemos visto la importancia de la selección del género, su importancia para comunicar los mensajes que Valdés quiso enviar y eficacia para conseguir sus objetivos. Pero la apariencia de facilidad y sencillez del *Diálogo de la lengua* no nos debe engañar. Recordamos otra vez lo que señala Colie, “that we learn so naturally by forms and formulae that we often entirely fail to recognize them for what they are” (5). La cita nos llama la atención y cuando analizamos la sencillez del *Diálogo de la lengua* a la luz de lo que sugiere Colie, nos damos cuenta de sus características menos reconocidas pero claves para su eficacia.

No nos damos cuenta de su sencillez porque el género incorpora una ficción bien desarrollada. Entramos desde el principio con nuestra imaginación y nos echamos en un mundo completamente ficticio mientras Valdés se aprovecha de nuestra inclinación e itera los principios del castellano y sus esperanzas. Valdés se arriesgó mucho en presentar el diálogo cuando nos anticipó como participantes cooperativos en la ficción, y a la vez confió en nuestra capacidad de sacar los principios.

No es difícil creer la ficción porque el diálogo no es un contexto desconocido, sino una representación literaria de una actividad cotidiana, es decir, la conversación. Los lectores del diálogo entran psicológicamente y empiezan a creer los personajes que ha presentado Valdés. Cuando se ve que los interlocutores tienen dudas, estamos dispuestos a estar de acuerdo, pero de repente, Valdés nos ofrece su razonamiento para borrar la incertidumbre. En adición, cuando entramos en la ficción de la conversación, quizá no nos demos cuenta del poder de los interrogantes de Valdés como testigos delante de un juicio. Los testigos ofrecen su apoyo a la opinión y la credibilidad del opinante, en este caso, Valdés. A través de llegar a la conclusión que Valdés tiene razón en las opiniones lingüísticas, ellos añaden su apoyo y el lector se queda mejor convencido.

El diálogo no es un ejercicio tan seco que no permite el intercambio entre los lectores y sus personajes. Es posible relacionarnos con las opiniones y preguntas de los interrogantes hasta ser casi participantes en el proceso de dialogar, aunque lo hacemos psicológicamente y sin darnos cuenta. Este es otro beneficio que provee el género para Valdés, especialmente en contraste con el tono seco y el carácter imponente que podría emitir un tratado sobre la lingüística. No menos ventajoso es el hecho de que, aparte del carácter falso de los personajes del diálogo, son útiles para comunicar información que tiene fundamentos basados en la realidad,

es decir que el género deja a Valdés comunicar hechos históricos, comentarios polémicos, críticas indirectas a los vicios de la iglesia y opiniones lingüísticas a través de personajes que son su propia creación. Tuvo que desarrollar credibilidad en los personajes, pero a la vez, confió en la habilidad de sus lectores para distinguir entre la falsedad y el mensaje lingüístico que quiso comunicar.

La ingenuidad de la obra de Valdés es que tomó un género antiguo y amplió el entendimiento del castellano. Como comenta Colie, la idea del género, aunque estableció unos parámetros y límites, “offered a ready code of communication both among professionals and to their audiences” (8). Pero no desprecia la importancia del papel del autor y su importancia en añadir su propia creatividad. Es imitación, pero con una contribución de los pensamientos del autor, las influencias y el razonamiento que utilizó Valdés. Así que se puede mantener que es la huella de su influencia en una guía de siglos y culturas anteriores.

Otra característica que le sirvió bien a Valdés en su elección del diálogo es la naturaleza que emite una conversación entre amigos. Es un contexto bien conocido. Como dijimos anteriormente el diálogo tiene la apariencia de ser natural porque en los intercambios y comunicaciones cotidianas, es común entrar en diálogos. Así que para sus lectores es fácil creer que los cuatro dialogantes entran en una conversación después de comer la comida del día. Además, Valdés reconoció que el castellano era el idioma más vulgar y lo que hablaba la gente. ¿Qué habría sido mejor que una conversación sin pretensión del escolasticismo que transmitiría un tratado? El estilo natural y la fluidez de la conversación ficticia entre los dialogantes se llevan bien con los objetivos de mostrar la riqueza del castellano pero sin ningún tipo de afectación.

Sabiendo toda la aportación de Valdés hacia el *Diálogo de la lengua* y tomando en cuenta la formación de su carácter personal a lo largo de su vida, incluso su niñez en Escalona, su predicador Pedro Ruiz de Alcaraz, sus años de estudio filológico y su fidelidad a su propia convicción religiosa antes la Iglesia Católica Romana, nos debe sugerir el papel fundamental del autor en establecer el significado de su obra. Nos llama la atención su papel clave y sugiere que nuestra aproximación hacia un mejor entendimiento de la literatura, en general y también de forma específica, exige un entendimiento de la mayor influencia del autor cuando pretendemos interpretar el significado de su obra literaria. En las últimas páginas queremos ver el papel central del autor.

El estudio del autor y su contribución consciente

En su comentario del género, Colie menciona “That generic concepts may be indispensable to literature in general E. D. Hirsch’s interesting book more than suggests” (8). Aunque no denomina con especificidad cuál texto, suponemos que se refería al texto *Validity in Interpretation*. Allí Hirsch nos itera sus ideas relativas al trabajo del crítico y las influencias que debemos tomar en cuenta cuando entramos en la interpretación de la literatura. Aparte de la idea de género nos encontramos allí una defensa del papel del autor en el establecimiento del significado de un texto frente a los ataques críticos literarios de años en que había un surgimiento de enfoque en el texto y las ideas de significados que existían independientes del significado del autor. Lo esencial de la hipótesis que nos presenta y que nos ayuda en nuestra aproximación al *Diálogo de la lengua* de Valdés es lo siguiente:

[. . .] meaning is an affair of consciousness and not of physical signs or things.

Consciousness is, in turn, an affair of persons, and in textual interpretation the persons involved are an author and a reader. The meanings that are actualized by

the reader are either shared with the author or belong to the reader alone. While this statement of the issue may affront our deeply ingrained sense that language carries its own autonomous meanings, it in no way calls into question the power of language. On the contrary, it takes for granted that all meaning communicated by texts is to some extent language-bound, that no textual meaning can transcend the meaning possibilities and the control of the language in which it is expressed. What has been denied here is that linguistic signs can somehow speak their own meaning -- a mystical idea that has never been persuasively defended (23).

Entonces la interpretación que hicimos anteriormente en esta tesis ha tenido mucho enfoque en la historia, creencias y pensamiento de Valdés. Sacamos por ejemplo una cita muy corta del texto para mostrar las implicaciones y la fuerte conexión con el autor que tenemos que tomar en cuenta para entender el significado: “Ora sus, vedme aquí ‘más obediente que un fraile descalço quando es conbidado para algún vanquete’” (131).

La primera observación básica que hacemos de esta cita es que escribió Valdés en el castellano que es la lengua vulgar de su niñez. Es el idioma con que Valdés se comunicaba día en día mientras vivió en España y probablemente la lengua que le dio menos dificultades en la expresión y el entendimiento. Escribir en castellano le ofreció a Valdés un sentido de dominio sobre lo que quería decir y podía expresarse fácilmente. La validez de tal observación, aunque parece muy obvio no sería posible, o a lo mejor no tan amplio sin saber algunas de las influencias en la vida de Valdés.

Sabiendo el tenor del momento en el contexto de la Reforma y especialmente el compromiso religioso de Valdés frente a los juicios inquisitoriales contra él, la interpretación que damos a esta frase lleva más significado. Valdés estudió la Biblia y reconoció una forma de

obediencia que vino, a su entender, del Espíritu Santo. Pero aquí parece que se burla del fraile y lanza una crítica hacia la obediencia falsa que existió aparte de la influencia espiritual. Con otro autor menos convencido de sus propias creencias espirituales o sin el entendimiento de la convicción que tenía Valdés de la verdadera influencia espiritual en los creyentes cristianos, sería más difícil saber el significado profundo de la palabra obediente.

Suponemos que sin las influencias cristianas en la vida de Valdés, la inclinación de hacer un comentario hacia la iglesia y específicamente hacia esa categoría de frailes menos sinceros no habría aparecido en el texto. Conociendo su vida, es menos difícil entender su inclusión y más fácil entender que intentó hacer una crítica contra un abuso del oficio que lleva a cabo el fraile. Creemos que estas observaciones del texto no serían tan amplias o significativas sin un entendimiento de la vida del autor, Juan de Valdés. Entonces podemos afirmar con E. D. Hirsch que el significado que entendemos de una obra literaria, en nuestro caso, *Diálogo de la lengua*, tiene mucho que ver con las intenciones del autor, y que aparte del significado consciente del autor, nuestras interpretaciones pueden ser no sólo menos amplias, sino también posiblemente inválidas. El autor entonces, aunque no todopoderoso en el asunto de interpretación, no es negable como participante sumamente importante en el proceso de comunicación.

En el proceso de evaluar y analizar la aportación del autor, nos encontramos con la expresión de otro ser humano. En nuestra aproximación al *Diálogo de la lengua*, hemos dado un enfoque particular al autor para reconocer una interpretación de las ideas expresadas con más probabilidad de saber mejor lo que intentó Valdés cuando lo escribió hace más de cuatro siglos. Hay quizá menos énfasis en el texto y los posibles significados o interpretaciones más aventureras, porque el deseo ha sido evitar una interpretación sin fundamentos adecuados. En cuanto a la escritura de Valdés, es evidente que a él no le gustaba la afectación, sino que optó por

ser más directo. Empleó un estilo sencillo, pero con fundamentos suficientes para apoyar sus opiniones del castellano. Lo que podría parecer una actitud de vacilación en el personaje de Valdés, es más un espíritu tolerante que no es exigente en ningún sentido, sino paciente.

Valdés muestra esta actitud paciente mezclada con un deseo de compartir lo que sabía del idioma para mejorarlo y difundirlo en el siguiente comentario: “por tanto me resuelvo con vosotros en esto que, si os contentan las cosas que en mis Cartas avéis notado, las toméis y las vendáis por vuestras, que para ello yo os doy licencia [. . .]” (128). Tiene confianza que después de conversar con los otros dialogantes, ellos se dieron cuenta del sensato y sabio entendimiento del castellano como método de comunicación.

Así llegamos otra vez a este principio fundamental de comunicación y significado. Afirmamos que aunque no podemos asegurarnos de la exactitud de nuestro entendimiento e interpretación del *Diálogo de la lengua*, estamos convencidos que nos hemos aproximado una interpretación lo más fiel posible al pensamiento valdesiano. Otro comentario de E. D. Hirsch es apto aquí para reforzar el enfoque en buscar el significado que intentó Valdés y que nos asegura que no ha sido un ejercicio fútil tener la esperanza de entender bien el *Dialogo de la lengua*.

Most authors believe in the accessibility of their verbal meaning, for otherwise most of them would not write. However, no one could unanswerably defend this universal faith. Neither the author nor the interpreter can ever be certain that communication has occurred or that it can occur. But again, certainty is not the point at issue. It is far more likely that an author and an interpreter can entertain identical meanings than that they cannot (18).

Para concluir volvemos al concepto de comunicación, específicamente la de la escritura, y reiteramos lo que creemos son claves en el proceso. El autor, su mensaje y el lector son

esenciales. En el *Diálogo de la lengua* analizamos Juan de Valdés y su vida para acercarnos a su método de comunicar y su pensamiento personal que influyó su trabajo literario. Nos damos cuenta del texto y los mensajes expresados por el diálogo, el género que eligió Valdés para comunicar sus ideas. Reconocemos su autoridad como autor de la obra y tomando todo en cuenta, esperamos ser capaces de llegar a un mejor entendimiento de su visión para el castellano y su aumentación. La importancia del *Diálogo de la lengua* todavía llama nuestra atención por su sagacidad y por alcanzar las metas expresadas, primordialmente el enriquecimiento de un idioma que ya tiene importancia mundial.

CAPÍTULO 4

Conclusión

Nuestro enfoque en este estudio ha sido desde el comienzo un enfoque que ha dado importancia primordial al autor cuyo mensaje nos ofrece el mejor ejemplo del pensamiento y la profundidad de su carácter. No negamos que el mensaje es sumamente importante y el proceso de interpretación hecho por el lector no menos clave, pero el mejor conocimiento posible del autor posible facilita el trabajo de descifrar sus ideas. Aparte de la información biográfica que ha descubierto los que tienen interés en el conuense Juan de Valdés, existen varios escritos suyos que nos ayudan en nuestro intento de conocerlo bien. Si queremos saber más del hombre y lo que lo influyó a lo largo de su breve vida, en este caso, solamente hay que leer sus escritos. La literatura de Juan de Valdés, refleja una vida de convicción cristiana e indagación filológica que nos muestra un pensador que buscó con fuerza unos principios que le ayudaran a explicar el mundo y las relaciones entre los seres humanos.

En cuanto a la información biográfica, hay varios estudios que tratan de la vida y pensamiento de Valdés pero la obra más razonable es *Juan de Valdés y los orígenes de la Reforma en España e Italia* de José C. Nieto. La obra de Nieto nos ofrece los fundamentos para comprobar la fuerte conexión entre el pensamiento valdesiano con el movimiento de los alumbrados, un punto de partida que nos lleva al acto de interpretación de sus obras literarias. Nieto enfatiza las creencias religiosas de Pedro Ruiz de Alcaraz para ejemplificar el ambiente religioso de España durante la primera parte del siglo en que Valdés nació y empezó a desarrollar sus creencias religiosas. Hasta que Nieto señaló la conexión entre las creencias de los

alumbrados, primordialmente Alcaraz, y las convicciones y escritos de Valdés, los críticos de Valdés lo caracterizaron como erasmiano. Nieto concede unas características erasmianas, pero mantiene que Valdés expuso en sus escritos la teología de su niñez que era el cristianismo alcaraciano.

Fue su fuerte convicción a los principios de los alumbrados, que relató en su primera obra publicada, *Diálogo de doctrina cristiana* que empezó su vida pública y expresó sus ideas heréticas. Pero mantuvo su convicción y compromiso a las ideas a pesar de la condenación del Santo Oficio en España. La cuestión de fe heterodoxa u ortodoxa, entonces, es sumamente importante en cualquier investigación o análisis de Valdés. Valdés nunca rechazó oficialmente la Iglesia por ser condenado, pero utilizó su sentido de razonamiento para explicar sus creencias. Su interés en la filología y sus estudios universitarios le ayudaron a poner de relieve lo que él consideró ortodoxia. Valdés creía en la salvación por su fe en la redención de Jesucristo e incorporó la frase justificación por la fe, que era el mismo concepto de lo que Alcaraz denominó el amor de Dios. Cuando habló de la Iglesia Católica, se refirió a los que creían en la misma justificación por la fe. A través de la lengua, Valdés propuso sus creencias a pesar de las repercusiones y el peligro de la Inquisición.

Su convicción religiosa nos mostró que en cuanto a la autoridad, Valdés hizo su propia investigación para llegar a su propia conclusión. Toda la fuerza de la Inquisición no lo amenazó a Valdés, quien siguió interpretando la Biblia y trabajando con los significados de las lenguas que le fascinaban. Si tenía miedo a la luz de las amenazas, no se manifestó, sino que siguió tranquilamente enseñando a sus discípulos y exponiendo sus ideas. A la vez, no atacó a la Iglesia Católica. Se ve en el *Diálogo de la lengua* una obra que trata del idioma y su importancia en la comunicación de ideas, pero sin la fuerte polémica contra la doctrina católica. Sin

embargo, Valdés abogó por un estándar para mejorar el castellano y seguir expresando su propia fe y continuar evangelizando.

Nuestro análisis del *Diálogo de la lengua* nos revela el estilo y la teoría de la comunicación que Valdés empleó. Como mencionó en su introducción del *Diálogo de doctrina cristiana* su propósito era escribir para comunicar su mensaje no con afectación, sino con eficacia. Su selección del género lo ayudó a conseguir su meta y mostrar las riquezas del idioma vulgar de España. Valdés escogió bien el género de la obra para expresar lo que pudiera haber sido bastante áspero y desabrido. Añadió su propio ingenio y desarrolló personajes representativos de las sociedades renacentistas de España e Italia. Nunca perdió su objetivo de persuadir a sus lectores y de convencerles de las posibilidades del castellano como idioma de gran importancia y que merecía un respeto igual al toscano.

Por último queremos decir que en la misma manera que dividimos los géneros con frecuencia, hacemos una división del carácter de los autores. La investigación o análisis muchas veces nos lleva a esta tendencia de poner en categorías el carácter del autor. Sin embargo, no debemos olvidar el hecho de que todos los aspectos de la vida de un autor tienen importancia en la evaluación de lo que escribe. Este es un ejercicio difícil porque exige que sinteticemos, a veces, características que, en nuestra primera ojeada a la obra literaria, no parecen tener un impacto significativo. Es importante reconocer en el caso de Juan de Valdés que todo el conjunto de escritos que produjo durante su vida tiene valor para evaluar los otros de él. Se ve en el análisis del conjunto que su teoría de expresión tenía sus propias repercusiones en los otros escritos y expresiones de su fe. Su intento de compartir lo que él creía esencial para cada ser humano, lo quería expresar en el castellano porque creyó que era un idioma digno de ser reconocido por su riqueza. Como expresa Nieto hablando de Valdés y su teoría de expresión,

“El estudio de la teoría de la expresión en Valdés deja en claro que conocía muy bien el sentido de las palabras y términos, y que escogía los mejores para expresar sus conceptos y hacerlos comunicables” (*Juan de Valdés y los orígenes* 303). Su manera de comunicar no sólo brilla por su mejoramiento del castellano, sino que nos invita a examinar las cuestiones profundas de nuestras propias vidas.

OBRAS CITADAS

- Bataillon, Marcel. *Erasme et l'Espagne: Recherches sur l'histoire spirituelle du XVIe siècle*, 3 vols. Trad. Antonio Alatorre. México: Fondo de Cultura Económica, 1966.
- Caballero, Fermín. *Conquenses Ilustres Tomo IV: Alonso y Juan de Valdés*. Ed. facsímil. Miguel Jiménez Monteserín. Cuenca Gráficas Cuenca, 1995. [primera ed. 1875].
- Colie, Rosalie Littell. *The Resources of Kind: Genre-Theory in the Renaissance*. Berkeley: University of California Press, 1973.
- Corominas, Joan y J. A. Pascual. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. 6 vols. Madrid: Gredos, 1980.
- Di Camillo, Ottavio. *El humanismo castellano del siglo XV*. Trad. Manuel Lloris. Valencia: Fernando Torres, 1976.
- Firpo, Massimo. "The Italian Reformation and Juan de Valdés." *Sixteenth Century Journal* 27.2 (1996): 353-364.
- Hamilton, Rita. "Juan de Valdés and Some Renaissance Theories of Language." *Bulletin of Hispanic Studies* 30 (1953): 125-133.
- Hirsch, E.D. *Validity in Interpretation*. New Haven: Yale University Press, 1967.
- McGrath, Alister. *The Intellectual Origins of the European Reformation*. Oxford: Basil Blackwell Ltd., 1987.
- Nieto, José C. *Juan de Valdés y los orígenes de la Reforma en España e Italia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1970.

- . *Valdés' Two Catechisms: The Dialogue on Christian Doctrine and the Christian Instruction for Children*. Trad. William B. y Carol D. Jones. 2ª ed. Kansas: Coronado Press, 1993.
- Ricart, Domingo. *Juan de Valdés y el pensamiento religioso europeo en los siglos XVI y XVII*. México: El Colegio de México, 1958.
- Valdés, Juan de. *Diálogo de la lengua*. Ed. Cristina Barbolani. Madrid: Cátedra, 1998.
- . *Obras completas I: diálogos, escritos espirituales, cartas*. Ed. Ángel Alcalá. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 1997.